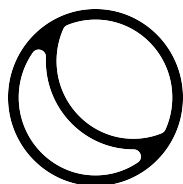


La muerte en
Pueblo Blanco
Javier Pinto



LA MUERTE
EN PUEBLO
BLANCO

JAVIER PINTO

javierpinto.com

Publicado en 2026
Copyright © 2026 por Javier Pinto
Todos los derechos reservados
Obra registrada
Portada © 2026 por Javier Pinto

Otras novelas del autor

Trilogía Masas muertas

(Masas muertas

Hijos de los ídolos

Los ídolos del ocaso)

Los ministros de las rosas

La muerte en Pueblo Blanco

1

Aquel adolescente moriría a manos de un negro y un árabe en Pueblo Blanco.

Había estado de vacaciones, en un país civilizado, antaño el suyo también, antes de regresar a la muerte.

Estuvo pensando en ello durante las clases, como quien piensa en un paraíso perdido, aunque él apenas conoció aquello, vagas memorias personales y de terceros caían en su mente como las hojas de un árbol.

Los educadores del presente lo desviaron y lo hicieron caer de aquel lugar elevado. Para que su cuerpo y su mente vagaran sin eternidad, ni tiempo, por el presente.

El adolescente salió del instituto, ordinario y público, problemático y no seguro. El instituto tenía a muchos alumnos negros y árabes, cada vez eran menos los blancos que había, antaño todos.

Alumnos negros y árabes buscando problemas y peleas en el patio de entrada y exteriores de la escuela. Miraron al adolescente y a otros alumnos blancos con ojos de pandillero y criminal.

Era un día contra el racismo, recordaban violentamente las pancartas mal colgadas en las paredes del instituto. El día anterior un árabe le había dado una paliza a un profesor, gritándole en árabe mientras le golpeaba. Todos los días había problemas con los seres importados, desde las cosas más sencillas hasta las más graves. Problemas con los profesores, alumnos y cualquier miembro del instituto, hasta las tiendas y locales, propietarios y empleados de los alrededores. Entre los alumnos, aumentó el abandono escolar, el descenso de notas individuales y la nota media, casos de depresión y malestar en aumento constante y muchas más cosas así, como problemas de identidad, individual y colectiva, desde las cosas más sutiles a las más físicas y cotidianas. La cadena de problemas que traían no terminaba, arrastrándolo todo.

El adolescente dejó atrás el instituto, medio perdido, medio confuso.

Hileras de negros, negros en hileras, así una calle y otra calle; otra esquina y la siguiente. No terminaban nunca; ni las calles ni el tiempo se veían, ni el espacio ni la luz. Estaban pidiendo y recogiendo dinero y más cosas en el ayuntamiento, ONGs y similares.

Al terminar, lo mismo pero con árabes, hileras y más hileras, como serpientes. Una cadena, infinita. Varias cadenas. Así otro día más, otro espacio más. A las puertas de otros edificios públicos, pidiendo cosas, dinero y papeles.

El adolescente vio a un negro, o moro, corriendo, en la distancia. Un blanco en el suelo, asesinado. Otros blancos llamando a policías y médicos. Ni un negro ni un moro cerca del herido, ya muerto.

Para el adolescente aquella era otra escena más, habitual, antaño imposible de imaginar para los nativos. El adolescente apenas recordaba aquel otro tiempo.

Una calle más adelante, moros rezando en el suelo, una multitud. El adolescente se tapó la nariz y luego la boca, el hedor era tan fuerte que tosió varias veces, entre arcadas. Detrás de ellos una mezquita, financiada en su mitad con fondos nacionales, alargando su sombra grotesca contra las superficies del día.

En la calle de enfrente, negros y moros con peleas y negocios de drogas.

Una calle más adelante, un grupo de blancos gritando contra el racismo y los racistas, con pancartas y megáfonos, dejándose la vida.

Estaban al lado de la universidad, donde otros gritaban lo mismo. El adolescente se acercó a allí, inquieto y curioso por el futuro.

Un profesor de la universidad había muerto a manos de un negro, alumno de allí, el día antes. Se estaban investigando las causas del asesinato. El hombre daba clases de literatura y lamentaba pasar los últimos días de su vida educativa enseñando a escritores negros, rosas y rojos. Lamentaba tener que dar clases de libros rojos, negros y rosas y encima con ganas, animando a los desgraciados alumnos. Lo hacía en privado mayormente, rebelarse. El hombre era tío del chico de la guitarra, a quien le contaba alguna de esas cosas, el cual estaba presente en el acto de la universidad en su honor.

Era un buen hombre, de centro. No se metía con nadie y era educado. Los profesores y alumnos no lo agradecían mucho, apenas algunos. Era para ellos un reaccionario, de derechas. Y ya está. Los alumnos y profesores no agradecían que el hombre se arrodillara demasiado, no lo suficiente para su gusto, deseo y voluntad, ante ellos, ni en clases ni fuera de las clases, que les pasara la mano sobre el hombro, que no qui-

siera discutir mucho con ellos. Quería llevar una vida tranquila, educada, en las clases, universidad y alrededores. Todo eso era bueno ante buenas personas; pero no ante ellos, rojos, negros y moros. Eso parecía apreciarlo la gente educada, civilizada y con palabra. Pero no la mayoría de la gente que había por las universidades. Eso era la selva, con palabras pomposas a la entrada. En sentido físico, intelectual y metafísico era la selva.

No hubo minuto de silencio por su muerte en la universidad. El rector de la universidad, rojo, como mandaba la tradición de entonces, no lo concedió. Su novia era una profesora medio mora y medio negra y estaba detrás de él, con la burla en los labios; a veces delante de él, levantando su fisonomía grotesca.

Los profesores rojos, negros y moros no acudieron a los exteriores de la universidad. Allí había unos pocos profesores y alumnos, en silencio. En frente y alrededores, rojos, negros y moros gritando, boicoteando hasta el minuto de silencio. Sus costumbres, hasta la muerte.

El chico de la guitarra y algunas personas los mandaron como a las bestias, pero allí seguían, como bestias, como ellos mismos. *Fascistas, No pasarán, Las universidades son nuestras, Las calles son nuestras*, entre chillidos, silbidos y gritos, entre más amenazas y sonidos aún más guturales. Las mismas frases y palabras escuchadas desde hace años y décadas y grabadas en sus cerebros desde años y décadas, repetidas como un eco muerto sin fin, rebotando en las cadavéricas superficies de cuerpos a la deriva.

Escucharon y vieron unos gestos y unas palabras que no eran rojas y negras, en honor del muerto asesinado, y colapsaron y se tiraron sobre ese algo blanco, no socialista, de forma automática y bestial, como un resorte, programado en una máquina.

El adolescente llegó a las puertas salvajes, pintadas y marcadas, a los pasillos silvestres. La universidad estaba llena de malos olores, paredes y pasillos sucios; negros y moros en los pasillos y exteriores, en los pupitres y delante de las pizarras. Las universidades privadas y las caras no eran mucho mejores, el mismo personal y espíritu, cultura del fin.

El adolescente vio los carteles de cosas de rojos, pegatinas con eslóganes o ídolos rojos. La universidad donde estaba entonces era una aberración hasta estética. La piel era un reflejo de la salud corporal y mental. La fealdad y ordinariez estaban presentes en casi todo. Las universidades caras lo disimulaban con ropas, edificios y nombres ancestrales; las públicas no perdían el tiempo con máscaras. No cobraban. No se presentaban como algo de fantasía. No se esperaban grandes cosas al llegar ni al salir. Aunque en las caras tenías a los mismos negros, moros, rojos y vicerrectoras púrpura o con velo en los pasillos y la cartelería. Y en las aulas, los mismos temarios, libros y enseñanzas. Cien veces más caro, con un negro y un moro abriéndote las pesadas puertas, las mismas puertas. El *branding* no era tan exclusivo como pensaban y lo ofrecían.

Ni para eso se tenía gusto entre la masa, tragaban con todo. Hasta a la hora de pagar. Los padres y los alumnos no sabían ni por lo que pagaban ni por lo que iban. Les daba igual quién les abriera las puertas, quién hubiera detrás de las puertas, qué hubiera detrás de ellas. Tenían prisa y ganas de figurar pronto. Colgarse algo en el pecho, pasearlo, entre amigos y desconocidos. Ser igual y algo más que todos.

En la universidad parecía que nadie conocía ya al muerto, al asesinado. Ya se decía en los pasillos que tenían a una mora o negra, o negro, para el próximo día dar clase.

Al irse el adolescente vio que se estaba celebrando un día del orgullo negro o de algo de los árabes, con descompuestas

banderas de países árabes y negros. Los rojos lo hacían como si fuera algo propio también. Se agarraban a lo ajeno y lo nuevo como enfermos a la moda, por no agarrar algo blanco y con pasado, como psicóticos.

El adolescente se sentó en el banco de un parque, cercano a la universidad, y abrió un libro. Lo cerró al momento, incapaz de mirarlo mucho tiempo y fijamente, rodeado aquel entorno, sin fantasía ni realidad. Apenas había niños, uno o dos. Estaban asustados por salir, rodeados de sombras, las que había entonces, junto a grupos de homosexuales jugando muy de cerca a sus juegos y sobándose, cerca de politoxicómanos y mendigos importados. No faltaban las bandas de adolescentes negros, moros y latinoamericanos, con su aspecto de criminal y sus gestos criminales.

Todo referentes, para niños, adolescentes y jóvenes. Hasta en los medios de comunicación y el *artisteo* estaban, como ídolos y productos, para hacer dinero y propaganda con ello, hasta con esos desechos producidos por el tiempo, el espacio y la circunstancia, elevados a ídolos y estrellas, alrededor un firmamento inmenso e inaccesible, sólo disponible para soñar, nunca para tocar, tan sólo consumir, desde la distancia, de forma cara, cada día más. Los niños y adultos no podían escapar a ese círculo criminal y salvaje las veinticuatro horas, en las pantallas y las calles, en el champú y alrededor de cualquier producto y escenario estaba. Los políticos los llamaban para hacer campaña, los medios para que dieran opiniones culturales y políticas; nunca faltaban ojos y grandes expresiones y suspiros alrededor de su callejeras y mundanas expresiones, replicadas por todos los lugares, sin descanso.

Allí había otra imagen antaño, más blanca y limpia, segura, con niños, de todas las edades, jugando como en casa. Ra-

ramente algún delincuente juvenil o adulto. Se veían de vez en cuando tan solo. Errores de la estadística, tirados a la tierra del parque y la vida.

Ahora no cualquier padre iba a dejar a sus hijos rodeados de aquel círculo de ruina.

Alguna jeringuilla, restos de comida y suciedad de los moros y negros, bolsas y drogas de latinoamericanos por el suelo, pintadas también, purpurina y preservativos de los homosexuales. Tenían que entrar de puntillas, con la cabeza baja y con guantes, los niños y los adultos por igual.

Por eso apenas había niños, tan solo ruinas humanas, tan marrones y despintadas como los columpios y mecanismos de juego.

Los niños no se atrevían a salir de casa tampoco, ni ganas tenían, como los adultos, rodeados día y noches de sombras, por las calles y sus edificios. Aquello se había degradado rápidamente, como por orden urgente de un gobierno, el de aquel entonces, progresista. Las instituciones supranacionales estaban comprometidas con tal *noble* y universal tarea, la del progreso. Por el bien de todos, de la mayoría, decían—de los inmigrantes.

Cualquier barrio de clase media ya presentaba ese aspecto o uno similar. Sólo los ricos, los muy ricos, podían vivir como hombres, como blancos, como seres humanos. El resto, entre basura y terror, cadáveres y crímenes, delincuencia y ruina espiritual y visual diaria. La gente había entrado en la clase baja, en estar en barrios de clase muy baja, así de golpe. Habían sido caros para ellos, familiares y vecinos aquellas casas y propiedades, para ahora, por gusto de rojos y negros, convertirse en un estercolero, una barriada más, otra más. Aquel era el proyecto urbanístico-social de los rojos y moros. La distribución de la miseria estaba funcionando perfectamente. Los privilegiados ya eran unos pocos de verdad.

Los barrios de clase baja ya eran directamente África y el tercer mundo, las mil y unas noches de Oriente Medio; los malos olores, gritos y suciedad llegaban al resto de barrios, desde la distancia lo experimentabas. No hacía falta poner los ojos y la nariz muy cerca, aquello te llegaba, te traspasaba, atravesaba calles y avenidas. Hasta a los áticos más altos llegaba por las noches y por el día. Sus ruidos y gritos también. Todo lo malo se expandía y contagiaba fácilmente. Lo bueno, raramente, lentamente, demasiado lentamente.

Sólo los ricos, los muy ricos ya, los dueños y directivos de grandes empresas, medios de comunicación, marcas que fomentaban la gloria de los negros y de los rojos, deportistas entregados a entretener a las masas mientras les metían de todo en sus banquillos, campos y ciudades, cantantes con letras tan ridículas como sus eslóganes rojos y negros; todos ellos estaban lejos, lejos del tercer mundo que había querido para el resto. Desde sus montes Sinaí y Carmelo predicaban, para hacer no ver llegar las plagas y los castigos a la nación y el pueblo. Ellos, a la sombra de sus dioses del demonio y del sistema, rodeados de buenas vallas de oro, predicaban, entre las horas de vicios y de gastos sin límites, diciendo y señalando quién era bueno y quién era malo. El dedo, desde arriba, hacia abajo. Los de abajo se celebraban y perseguían al señalado, de múltiples formas. La multitud y los otros predicadores no descansaban en tal tarea, les iba la vida y el trono en ello.

El valor de la vida humana había bajado al mismo ritmo que el valor de las propiedades allí y la calidad de vida en toda la nación. Las muertes, robos, asesinatos, ataques, suciedad, cadáveres y demás novedades diarias, siguiendo el ritmo vital de los importados, ya no eran escándalo ni de muchos ni del gobierno ni la policía. Las instituciones no querían ofender a los importados, su cultura y su rutina, querían

que se sintieran como en casa, más libres, en un paraíso para sus instintos, costumbres y perversiones. Les daba horror, hondo como el mayor pecado, perturbarlos, tal como al ciudadano al verlos en la calle haciendo de las suyas. La impunidad de las *razas superiores* era notable, de nobles modernos.

Los rojos no estaban preocupados por vivir así, de la misma manera que los negros y los moros. Eran similares e iguales en muchas cosas.

Había organizaciones de rojos ensuciándolo todo aún más, grupos de rojos con su aspecto sucio y delincuencial llegaban hasta allí, pintando paredes, bancos y establecimientos, robando o destruyendo mobiliario, las cosas de esos seres hasta la primera juventud y el resto de su vida en las manifestaciones.

No se veían pedófilos de Oriente Medio por el parque, ya no había niños. Habían hecho sus cacerías, en manada, contra niños y niñas de diez y menos años. Nadie estaba mucho tiempo allí y menos tranquilo.

Un hombre que paseaba de la mano de un niño pequeño le gritó al adolescente, “¡Chico, ¿qué haces aquí a estas horas?! ¡Vete a casa, que esto ya no es seguro! ¡No es como antes!”

Desde alguna casa de alguno de los bloques oscuros una voz oscura, sin cara, dijo, “¡Cállate, fascista, o te parto la boca!”

“Estas sabandijas rojas siempre están pendiente de lo que hace uno, son peor que espías”, dijo el hombre, mientras se iba con su hijo. “Esa voz no es siquiera de aquí...”

El adolescente se alejó del parque, y la cosa no estaba mejor. Latinoamericanos con parrillas con comida cerca, vendiendo o para consumo propio, humo y cosas recalcitrantes, con mal olor, como todo lo que había allí, aquello no era peor, sino mejor. Árabes también, descalzos, cocinando miserias, hablando miserias. Los negros igual, bailando en mo-

do vudú, como lo hacían en la televisión los chimpancés de moda. Inicios de reyertas de por medio. El día a día del multiculturalismo.

Los pandilleros latinoamericanos estaban aburridos y se empezaban a enfrentar a los negros, bebidos todo el día, por la noche, de droga hasta los pies, como los latinoamericanos. Un espectáculo de multiculturalismo y gratis, ni en televisión ni en las mejores ferias. El progreso, la humanidad. En primera fila para el adolescente. Sin filtros mediáticos ni de terceros.

Unas latinoamericanas, por costumbre, pidiendo dinero, al lado de las moras. Otras dos latinoamericanas buscando a algún hombre, viejo o joven, salido de la escuela o a las puertas de la tumba, para cogerle unos billetes, todos los billetes. Así hablándoles sabroso como salsa picante. Sus tonterías y ofertas le llegaban hasta el adolescente. Parecía que se tuviera que enterar todo el mundo de sus penas y alegrías, sus dramas y amoríos.

El día y la tarde se les hacía muy largo, y había muchos vicios y desviaciones que completar, calmar, ocultar. Había seres perversos venidos de todos los lugares del mundo, para no aburrirse.

Las latinoamericanas volvían, medio bailando, medio peleando. Eran tan feas como sus gestos.

Las negras también andaban por allí, sin rumbo ni tiempo. Aunque eran pocas, eran los hombres negros los que andaban por las calles y en esos grupos en esos momentos. Las negras no eran menos feas que los negros que había por allí. La noche lo disimulaba. Su mejor maquillaje, las sombras.

Como murciélagos daban vueltas alrededor de las farolas y las luces, todos ellos y otros parecidos.

Y más seres raros, medio indios o sabía el demonio qué, descalzados o parecido, a su manera, por allí. Haciendo no sé

sabía qué. Cosas tuyas. No se veía bien. Trápicheos, cosas de estráperlo. En el mejor de los casos.

El día se les hacía corto para su mal y sus maldades.

Allí los dejó el adolescente, con la noche. Lo peor estaba por comenzar y llegar. La noche y la falta de luz en el cielo cubría la mayoría de cosas y acciones más oscuras y habituales.

2

Salí de la universidad, por el homenaje interrumpido, a mi tío, asqueado. Mi primo tuvo que irse antes. Yo los conozco demasiado bien, como a todos sus amigos, y no espero nada bueno de ellos, desde hace tiempo.

Los rojos nunca cambian, siempre son los mismos. Ellos, sus historias y actos siempre llevan a lo mismo. Nada mejor que no tenerlos cerca. Aquellos rojos eran y serían como el resto de rojos, los del presente y el futuro, iguales a los del pasado.

El socialismo estaba en todos los cuerpos de la nación, hasta el picor y la enfermedad, el eczema y el pus. Todo estaba lleno de rojos y sus ideas, el socialismo hasta en el centro y la derecha. Empresas culturales incluidas, y universidades e institutos. Editoriales, productoras de audiovisual, todos los medios de comunicación y todo. Era un régimen completamente rojo; en lo público, al completo, y en lo privado, casi. Las empresas grandes y los organismos públicos y estatales, llenos de rojos y de socialismo. Las organizaciones supranacionales, no menos. Y después alguien se extrañaba

que el país fuera rojo, lleno de rojos, en todas las esquinas, y todo el espectro político y social.

Lo primero que debería haber hecho la derecha era limpiar todas las organizaciones de rojos al llegar al poder. Quitar el socialismo desde las baldosas hasta el techo, pasando por las paredes, las puertas y las ventanas. No lo hizo, ni después lo haría. Acomplejados completamente. A ser acusados de fascistas, de no compartir las ideas socialistas, por no compartirlas ni hacerlas ley y desorden. Por tanto, el discurso, el debate y las líneas rojas las marcarían los rojos, desde los distintos puestos. Así era, así lo hacían desde hacía décadas, tiempos casi inmemoriales, nacidos todos con eso. No pudiendo ni queriendo al tener poder.

No hay diálogo posible con los rojos. Quien los conoce y ha tenido que vivir con ellos durante tiempo, y es sincero consigo mismo, lo sabe, y tampoco es cobarde para hacérselo saber a sí mismo y al resto y volver a repetírselo; lo sabe. Cada vez que tienen oportunidad, van a destruirte, en lo público y privado, en lo personal y laboral. No entiendo por qué los no socialistas, persiguen esa cruz, esos Sísifos autoimpuestos, con las cadenas del socialismo y la bola de globalismo, subiendo cada día esa pendiente del entendimiento y bajando por la de la convivencia. No hay nada en común, la raza y poco más. Ni eso, ellos odiaban su propia raza y cada vez eran menos blancos, en el cuerpo, el espíritu, la mente y la cultura. Ya eran salvajes en casi todo. Su esencia final y primera, desvelada.

No teníamos en común nada con ellos. La desgracia de haber nacido en una misma tierra, sea o no en un mismo tiempo. Nada hay común, ni para el presente, ni en el pasado ni para el futuro, con los rojos. El futuro es como agarrar la mano de un fantasma y caminar por las azoteas borrachos.

Es la muerte, el morir, personalmente, colectivamente y nacionalmente.

Es algo que los no socialistas se resisten a admitir y creer, como el que padre que tiene un hijo criminal o ladrón, o el hijo que tiene un padre pederasta. O el hermano que tiene a un hermano que habla mal de él a las espaldas, le intenta quitar el dinero, arruinarle, destruirle. No somos hermanos ni familia de los rojos. Es algo que aterra a muchos admitir, ver en un espejo, dentro de los múltiples espejos de su conciencia, de las salas llenas de espejos de la consciencia. Pero en el fondo, todos lo intuyen, lo saben. Lo ven reflejado en su cara, sus ojos, y otras caras y ojos. Pero ocultan, lo intentan, tratan de ocultar constantemente, la realidad y esa idea. De que no somos familia, ni hermanos, como el que descubre que su padre no es su padre y su hermano no es su hermano. Tampoco la madre.

Uno ve que un rojo tiene más en común con un negro o un moro. En lo conductual, en lo cultural, en las interacciones e ideas. La cultura roja tiene más de común con las culturas negras y árabes. Nada con lo occidental, con lo blanco. A pesar, de no entiendo por qué, siendo enfermizamente anti-occidentales, se empeñan en decir que son europeos, europeístas, y otras tonterías. Los rojos siempre han odiado Occidente; los rojos del pasado y los rojos del futuro. De la misma forma que los moros y negros lo hicieron y lo seguirán haciendo. Para mí un rojo es un extranjero en Occidente. Ellos mismo lo admiten, saben y lo proclaman. Odian sus respectivas naciones lo mismo que Occidente y su raza blanca. Lo mismo que los moros y los rojos. Con los que tienen casi todo en común.

Suelen hacer discursos y gestos de amor cuando el argumento o la campaña electoral o comercial lo necesita. El resto de momentos, se encargan de expresar claramente su odio

y desprecio. Pero ellos son rojos, negros y moros y puede hacer y decir eso y lo contrario y no pasar nada, porque ellos son rojos, negros y moros. Uno más uno puede ser dos o puede ser siete, lo que convengan para evitar las injusticias y establecer la igualdad y la diversidad. Todo es medio para la causa roja, la causa de la justicia, la igualdad y la diversidad. Es necesario mentir para que un negro travestido como cada día gratis y con el dinero de todos, y se mate y humille a la nación y al hombre blanco. Que el hombre blanco sea aniquilado, y, por tanto, Occidente, es su lema, la base de donde parte todo. El odio a Occidente, por tanto, al hombre blanco. Si destruimos al hombre blanco destruimos a Occidente. Él es el centro y la base y el techo, el alfa y el omega. Por tanto, hay que destruirlo siempre y desde todos los ángulos. Por eso uno se hace rojo, socialista, degenerado, pro y proto terrorista. Para terminar con el centro, la base y el techo, el alfa y el omega, de Occidente, el hombre blanco. Su credo de la destrucción, su credo psicótico y esquizofrénico de cada día y cada generación.

Así habló y así construyó el varón blanco. No el rojo. Que tiene tanto de occidental como un mono.

Aún había gente en mi nación que espera cosas buenas de los rojos. No habían aprendido nada. No aprendían nada. Ni de su hipocresía ni de su miseria. Ni del pasado ni del presente. Allí seguían esperando, siendo arrastrados. No se podía vivir como un hombre, como un hombre blanco y decente, entre rojos. Tarde o temprano algunos lo entendían. Cada vez más, porque ya cada vez se le perdía al miedo a los rojos y a sus acusaciones. Eran conscientes de que no se podía vivir con ellos ni compartir nada. Lo experimentaban cada día, en todos los lugares.

Que con los rojos y el socialismo no era posible el *fair play*, juego equitativo, era ya más que obvio, excepto para los más

confusos en los juegos de la vida y los fanáticos, extremistas, del *todos somos iguales*. Era como jugar con delincuentes y criminales, estafadores y sinvergüenzas, el entablar disputa con ellos, los rojos. No era como hablar y pactar con caballeros. Ellos no eran ni caballeros ni tenían palabra ni ley. Simplemente eran ellos, los rojos, casi iguales a moros y negros.

Las calles, allí, con personas puestas, como por accidente. Más calles y más personas, yendo a la nada.

El ser humano navega entre corrientes de miseria perpetuamente, otros humanos, otros grupos e individuos. Ya ves, nada nuevo. Era repugnante ver el panorama humano, quitando los invasores de la ecuación, de la visión, hasta quitando los rojos incluso. Todo miseria y putrefacción, ganas de no hacer nada, de no tocar nada, de poner la barca a un rumbo pacífico, sin norte ni sur, sin tampoco ir a la deriva, simplemente mantenerse, a flote, tranquilo, pensando, contemplado y haciendo lo mínimo. Ya ves, ¿qué ver? Nada, y menos que hacer, para qué hacer. Ver y no ver, ¿para qué ver? No hay mucho tras el velo. Nada en el velo.

Ya ves, tontos en todas las esquinas, pantallas y establecimientos contándote historias, historietas. Somos las historias que nos contamos, se decía mucho por aquel entonces, los que vendían tonterías, historias, historietas, es lo mismo. Para mantenerse a flote, unos creyéndoselo y otros contándolo. Las tonterías que se contaba cada uno u a otros para ser, estar y medrar, ganar un dinero, una mezquina fama, estruendosamente estúpida como sus historias y palabras, pero el ruido gusta, a las masas, a los hambrientos de algo sentimental, con mucho ruido, para levantar esas mentes y cuerpos.

De las debilidades humanas se alimentan los de las historietas, los de la mercadotecnia y los *cuentahistorietas*, adulan-

do aquí y allá, y diciéndoles que se quedaban atrás en esto y aquello, para venderles su producto y su marca, a oferta de temporada, espectacular y exclusiva. Los productos y las marcas eran ya lo que daba identidad a los fantasmas, cadáveres perpetuos a las orillas del fin. De ese alimento sin carne ni sustancia, intangible, que podía ser todo y nada, un Everest y un castillo de playa, se alimentaban multitudes, legiones endemoniadas, esperando el nuevo fruto de una nueva caída.

No había nada qué hacer ni ninguna persona al que mover e interrogar, todo me parecía una cosa vista mil veces, de la que ya no había jugo ni música que extraer. Eran el eco de un viejo, los chillidos de un bebé o un adolescente.

No había nada interesante que contemplar, nada humano, sólo me gustaban los objetos, los muebles, los edificios, el diseño de interiores, el diseño en general. Las caras humanas, sus ideas y gestos me daban la misma pereza que contemplar un ídolo africano, me parecían el taparrabos perpetuo, colgando del vacío, de sus bocas, cuerpos, vidas, carnes, todo.

La sociedad estaba llena de basura en todas sus partes, solo quedaban limpios los espacios para el consumo de bienes y poco más. Lo demás era un estercolero muy humano, demasiado humano. Era como contemplar un cadáver y sin interrogante alguno. Ni la causa de la muerte, ni los hechos detrás, ni la hora ni las pruebas. Todo era ya algo sabido y visto.

Ya piensas por el mero placer de pensar, sin importar el objeto. Es una mera excusa y accidente. Circunstancia para algo mayor, más bello y revelador.

La verdad es como un viejo desnudo, un viejo muy viejo y muy desnudo. Ni ganas tienes de contemplarla más de un segundo. Es una visión aterradora, que cuelga como la muerte de tu cuerpo y de tu mente.

Impresiones, ideas, y más impresiones e ideas, mezcladas con pasado, presente y futuro, el tuyo y el de millones, y generaciones, todo allí, tirado, revuelto, sin causa quizá, por estar. Todo como las babas y el cuerpo de un viejo, allí revueltas en esa boca añeja, como la vida. La vida humana, la sociedad, allí entre esas babas, en esa boca, siendo esa misma boca y esas mismas babas; a las que ver y en las que estar cada mañana. Sin importar si fueras millonario ni ermitaño, ni en yate ni en un perdido bosque, siempre estaba todo eso allí, esperándote, a ti y cien millones de seres perdidos y que se perderían aún más con el tiempo.

Y allí estás, o estabas, esperando cosas. De ti, de los demás, de los objetos. Y ya sólo de los objetos se pueden esperar grandes cosas, siquiera nuevas. Ya te conformas con algo nuevo. De lo grande ni lo esperas ni lo buscas. Eso es una vez al año, el resto es estar, mordiendo las pequeñas cosas del día a día, de los humanos, entre humanos, entre días que son iguales a los que ya fueron y serán, algo mejores algunos, peores posiblemente que cualquier día, algunos días.

Ni ser millonario o estar en una mansión en el Tíbet, o rodeado de mil objetos deslumbrantes, podrían calmar, mermar, esa idea y situación, pasado el éxtasis del exceso y de lo nuevo, quitado el ruido de la novedad, la excitación física y mental de lo brillante y distante, ya tan cerca, ya contigo, ya aburrido. Presente como tus alegrías y penas, ya tan mundano como tu ropa, tu cara, todo lo humano, todas las caras y ropas humanas.

Ni contemplar ni leer una obra de ficción o de la realidad me alegraba, era como un ver las obras de ficción de los niños; no te crees nada y lo ves todo falso, no te puedes meter en la ficción, eres demasiado viejo, y las ficciones son para los niños y los jóvenes.

Ves personajes de dibujos animados o magos con capas y no te crees nada, y no eres capaz de entrar en la ficción ni un minuto, quizá sólo uno pero no más. Lo contemplas porque tienes niños al lado, porque la circunstancia lo impone, lo analizas y no te entretiene ni da alegría más de un minuto. Es algo hasta delirante, con demasiadas luces y ruido. Uno se hace mayor, no cabe duda, y ya casi todo molesta y casi nada entretiene. Eres como un relojero viendo el tiempo falso marcado por relojes igual de falsos.

Las masas y tu vecino atentos a las tonterías, cotilleos y entrevistas en pantallas o tertulias laborales o callejeras. Allí como ante un altar, escuchando las historietas, los hechos de sus vecinos y líderes, los hechos y logros de ídolos del mercado y la plebe. Esperando pasar los días a base de esas migajas de pobre, de inculto, de ser moderno o contemporáneo. La atención que recibía toda esa religión, ese culto, era entre repugnante y ridículo, muy humano, demasiado humano. Como si les fuera la vida en ello; les iba. A base de esas historietas, ídolos y pasiones, e ideas también, se construía su día a día, su vida, su nada, la de unos y la de todos, allí juntos, solos. Todos uno y ninguno. Atento al líder y sus batallas, cotilleos de por medio, esperando una nueva enseñanza popular, un dato revelador de ultratumba, de un viaje lejano. Con la cabeza sobre el plato, la espalda encorvada, devorando los ecos del líder y los feligreses. Pasando el día y la vida en pura pantomima. Y se hacían los fuertes, los que querían mejorar sus vidas y el mundo, cosas así. Sólo querían entretenerse, ganar dinero y engañar al resto. Hacerse ver como los héroes, los sabelotodo, los más fuertes del corral nacional, para vender su autoestima y sus productos, hacer dinero y hacer aumentar su autoestima. Ya ves, los que decían que *Somos historias, lo que nos contamos*. Una forma de engañar contemporánea, mezclando ciencia y psicología, a modo de traje y

corbata, para impresionar más y con mayor razón y autoridad. Mezclado todo con luces y cámaras, como de si una película se tratase, y ellos los actores de la película del mundo. Allí teníamos a los pobres espectadores como esbirros y aduladores de sus héroes, con *tickets* en la mano, desde hacía semanas y años, esperando unas palabras, unas acciones, de su líder, que los transforme, los entretenga y les diga cómo ser millonarios y famosos. Que es de lo que va lo de las historias, historietas, como hacerse rico y famoso, las historietas con el medio, para engañar y medrar, para ganar dinero y fama, a la manera contemporánea, global, multimedia.

Las masas ni tocan el lomo de algo serio jamás, ni una vez al año, ni una vez en la vida; quizá lo tocan para enseñarlo en un video, a sus amigos y miles de desconocidos. Pero de ver videos y leer y contarse historietas y novelitas y de hablar con vecinos, de eso sí saben y hacen. Allí leen como de si de astrólogos se tratase, y como si le fuera la vida y la vida del universo en ellos; se lo toman en serio, y con fidelidad, sin perder detalle, imitando e insultando constantemente. El mundo parece una merienda de negros, una celebración de pobres, poco más, excepto algunos días. Así lo ha querido Dios, un dios, o el Demonio.

No esperaba mucho de la mayoría, apenas algo o nada. Sólo que no me molestarán mucho y que no me jodieran. Que la envidia y la maldad me tocasen lo menos posible o la pudiera esquivar mejor. No puedes pretender que una culebra y una serpiente no quiera morderte, por mucho que hayas estado con ella y le hayas dado conversación y cobijo. Su naturaleza malvada está allí, esperando, calculando o bien de forma instintiva, en morder, en matarte, en destruirte. No lo pueden evitar, ni por civilización ni por deseos de colores, deseos arcoíris. Y lo peor aún no lo puedes ver, ni imaginar, ni aún experimentar. Pero todo llega, como la muerte, cuan-

do menos lo esperas o quieres. Allí está, detrás de ti, pero sin esperarte.

Quería el enfermo envidioso, criado en la envidia animal, que su emisor estuviera a su nivel, intelectual, de pasión y de vida, para así sentirse mejor, o superior, menos rata, más humano. Así ese enfermo, a la manera del socialismo, se creía mejor, siendo peor, porque era peor, más bajo, más miserable, más pobre, más canalla, más humano, más rata. Y otras ratas enfermas, numerosas como penas dentro de ellas y alrededor de ellas, se unían a él, y a sus ruidos, rechinares, insultos, envidias, tramas, aberraciones. Nunca está solo un envidioso. Siempre tiene gente su alrededor para hablar, hacer y malmeter. Jamás estará solo. Siempre hay una mano tirando migas de envidia, como alguien da de comer a las palomas o los gatos callejeros. Y al regresar a su agujeros físicos y mentales, a sus alcantarillas, llenas de ratas y basura, se miran en su miseria, a imagen y semejanza del resto de ratas, y desde allí hacen su pantomima, su ritual del *yo sí, yo sí, yo sí que sí*.

No pensé que la envidia había destruido a tantos. Pero con el tiempo no te sorprende. La ciudad, el campo, los hombres, todos llenos de envidia por igual, tantas como miserias y pasiones, malas casi todas. No importan apenas los nombres, no importan nada. Son. Así serán otros. Como una mala película de verano o de temporada, allí están, esperándote como las canciones de verano, los libros de temporada; lo sabes, ya te va molestando menos, cada vez menos, lo ves, lo sientes de forma ya apenas intensa, fría, como una calculadora, como algo visto mil veces y que volverás a ver mañana, y otra cien o mil veces, y el año que viene, y el resto de tus días, en cada esquina, en cada casa, en cada ciudad y cada persona.

Todo lo malo vuelve; lo bueno, a veces viene, y pocas veces se queda, aunque es para siempre en algunos lugares. Los

rincones de la gloria están allí, aquí, para estar durante unos instantes en la eternidad. En algo más grande que uno mismo, que todos y el mundo.

Pero está en los rincones más profundos, allá lejos de la mediocridad, la suciedad, la vulgaridad, los rojos, los invasores, el día a día, llenos de esas cosas, muertas, llenas de muerte. ¡Y cuánto cuesta encontrarlos! ¡Y no perderlos!

Uno ya no sabe si la esperanza es lo que lo mantiene tragando aire o es lo que lo hunde más.

3

Ese mismo día una familia roja celebraba la victoria del primer alcalde árabe de Pueblo Blanco, puesto allí por el partido rojo. Estaban el padre, dos de las hermanas y el hermano en la sede del partido socialista. Faltaba la hermana juez, que no podía ir a tales eventos. El hermano era alumno de la universidad, y una hermana hacía cosas de mercadotecnia, la otra era periodista. Querían ser vistos por todos, y bailaban y se hacían fotos, y las publicaban en línea, ellos eran los buenos, los justos, y los triunfadores de aquel día.

Mira al hijo de un socialista, tan socialista como el padre. La mayor parte de la familia, igual de socialista. Lo llevan en la sangre, en las palabras, en las reuniones. Míralos a todos ellos alzando la voz y los gritos bajo la voz de las consignas socialistas. Las llevan en el bolsillo, en la boca, las llevan en todo el cuerpo, desde generaciones, décadas, décadas tan largas como miserables.

Míralos, son parecidos quizá a ti. Míralos odiar, juntos y por separado, mentir, igual juntos que por separados. Óyelos fingir, golpearse los pechos propios y los hombros de terce-

ros. Huélelos, oliendo y buscando a quien perseguir, entre ellos y el resto.

Aquí viene uno de los jóvenes, el joven gran socialista. Viste a la moda, con ropas caras, imitando a la clase alta, disfrazado de snob y de niño de mansión. Un libro bajo el brazo, de un autor en clase muy explicado y en las pantallas de todos circulando, muy celebrado por los del mundo de la cultura, si es que ya tal ente quedaba. Levanta la cabeza al pronunciar su nombre como si exhalara una calada. Lo adora, lo expone, habla de él todo el día, en todos los medios. Es un autor amado por los rojos y los *snobs*, también por la plebe, después, más tarde. La plebe se alimentaba de lo que los rojos y otros socialistas, como el joven gran socialista, predicaban y les decían adorar. Los adoran solo leyendo el lomo, solo acariciando el lomo y las cubiertas, nombres misteriosos, pronunciados miles de veces, por audio y audiovisual, por escrito y en susurros. Son como los eslóganes, emblemas e ídolos socialistas. Su cuerpo religioso.

El negro asesino del profesor era amigo del gran joven socialista, y juntos iban a los mismos sitios, a compartir ideas y actos. Compartían gustos, ideas y pasiones. Sólo el dormir los separaba. Había estado en el boicot al profesor asesinado por su amigo negro en la universidad.

El gran joven socialista se separó de su clan familiar, envidioso tanto del resto de miembros del partido y de socialistas como del resto de la sociedad, por bien materiales para empezar, sin límites, hasta la expropiación. El joven gran socialista recorrió las calles, llenas de olores de pie y olores negros, oscuros, figuras grotescas y oscuras, deformadas, juntas, revueltas, formando masas humanas como un escupitajo. Más masas y seres oscuros y calles oscuras y formas oscuras, un laberinto igual, sin giros ni diferencias, un laberinto igual de oscuro. Una enfermedad material y metafísica por igual,

una deformación histórica y metafísica por igual. La cual se iba adueñando de todo, de todos los elementos, los de esas calles, personas, palabras, formas, estructuras. Lo iba invadiendo, asolando, conquistando todo.

El joven gran socialista se reunió con otros seres como él, algunos más ricos y otros más pobres, todos igual de miserables y queriendo robar y destruir con el socialismo como bandera, pirata y espiritual, religión *urbi et orbi*. El joven gran socialista se hizo el interesante y el culto primero, después el obrero y hombre de mundo, en el cara a cara y en los grupos. Así fue pasando de grupo en grupo y fueron pasando las horas. Hasta que dijo para todos que no debían existir los coches de lujo, ni las cosas de lujo. Por ley, por ley socialista, por la dignidad humana, por la igualdad, bajo las leyes socialistas jamás. La propiedad privada debería ser abolida, y las casas expropiadas cuando fuera necesario, que era siempre. Y los amigos del capital, enemigos de la justicia social, traidores de la igualdad, enviados al campo rojo de concentración. Por el bien suyo y del de todos. El individualismo era el enemigo de la conciencia popular y del pueblo. El individualismo generaba monstruos, codiciosos, sin mirar por el prójimo. Seres engreídos, sin límites en su ego y su deseo de posesión, de cosas materiales y de todo tipo de cosas. Al eliminar el individualismo y la propiedad privada, el ego sería reducido, a su elemento justo. Para que el bien común fuera el amo y señor, y el ego no fuera esclavo de sí mismo.

Los otros rojos, jóvenes y muy mayores, dijeron cosas parecidas después de aplaudir. Los viejos no menos intensos y convencidos que los jóvenes. Parecían muñecos antiguos rescatados de la trastienda de una tienda de antigüedades y puestos en escaparates contemporáneos, llenos de suciedad, moho, manchas. Así juntos, viejos y jóvenes, parecían aquello. Movieron las cabezas, los puños, las bocas y las sonrisas.

Se sentían especiales, los primeros, la élite y el proletariado, los hijos de los rojos y los amos del mundo. Tapaban sus carencias y odios y deseos de venganza con ampulosas telas de palabras, joyería de gestos y otras tantas prendas de mercadotecnia. Era otro evento rojo más, privado y público, ambos y todos llenos de falsas apariencias, mentiras absolutas y conspiraciones diversas y totales.

El gran joven socialista se fue a una esquina a darle cumplidos y besos a un negro y a una negra. Él no sabía qué sexo tenía, hasta entonces, ni parecía querer saberlo. Hizo unos discursos sobre el sexo, como si fuera el sexo un poder mágico, y abogó por la liberación de los cuerpos y de los genitales, masculinos y femeninos, y mezclarlos con sus pares también y con colores diversos. Habló de liberar las mentes y la sociedad a través del sexo, y de la mezcla racial sexual y social. Si el dinero lo podía todo, lo compraba todo y corrompía todo, el sexo tenía que poderlo todo, comprarlo todo y sanarlo todo, a diferencia del dinero.

El gran joven socialistas quería ser escritor, político, filósofo o cineasta, o varias de esas cosas, les decía al negro y a la negra, mientras iba ensayando sus futuras obras. Algunos individuos de la cultura se acercaban y lo animan, y él los animaba también en sus proyectos.

El negro y la negra habían venido ilegales al país, y les habían dado la residencia el partido socialista que estaba en el poder. Una regularización masiva, eran la *raza superior* para los socialistas; la raza blanca, una a exterminar, poco a poco, degradándola cada vez más.

No era un país para blancos le dijo el joven gran socialistas a los dos negros y tres rojos más que se juntaron con ellos.

Los tres rojos y blancos asintieron con la cabeza primeros, las voces segundo y las manos y los puños tercero. Se creían así especiales, mejores, diferentes, y diversos, y lo expresaban

con intensidad y de forma mecánica, como un resorte golpeado. Se creían mejor que los fascistas, dijeron varias veces.

El gran joven socialista se fue con el negro y la negra a la casa cuarta de sus padres, cedida a él, y allí el negro ató al joven gran socialista y le dio por detrás, esclavo y abierto de cuerpo, mente y piernas. La negra le escupía en la cara mientras aquello acontecía. Después la negra lo esclavizó por igual. El rojo parecía feliz.

El negro y la negra se fueron de la gran casa del gran joven socialista y regresaron al centro de acogida pagado por todos los nativos. Allí se les daba dinero y comida y lo que quisieran. A los que tenían casa también les daban dinero y preferencias, eran de las razas privilegiadas, por el socialismo y el globalismo. El gobierno nacional y supranacional les daba eso y más, y ellos estaban todo el día pidiendo, exigiendo y robando. No parecían tener fin sus demandas ni inicio sus contribuciones y su silencio. El ruido, el crimen y el malestar y mal funcionamiento era lo que generaba su presencia, la de todos ellos. El negro y la negra se reunieron con otros como ellos y decidieron que dedicarían aquel día y el resto de días de aquella semana a beber, drogarse y robar, para pagarse más vicios.

Cuando se disponían a hacer aquellas actividades, el gran joven socialista apareció delante de ellos. Detrás de él y a sus laterales, otros socialistas, tres políticos. Querían que los dos negros se unieran a ellos, en las juventudes socialistas. El negro y la negra no sabían ni hacia dónde mirar, apenas sabían hablar.

No hacía falta más, dijo el gran joven socialista. El corazón y ser socialista era suficiente, dijo.

Los negros no se esperaban ese regalo, tras tantos regalos por el Estado y el ayuntamiento. Les habían dado hasta la sanidad a ellos y a cientos de miles como ellos, para que los

nativos llegaran tarde o muertos a ella. El gobierno socialista no había gastado más dinero en sanidad, pero sí para los negros y moros, legales e ilegales.

Los tres socialistas acompañantes no tenían más mérito que haber hecho méritos en el partido. Qué habían hecho y harían para la sociedad no se conocía ni se conocería ni esperarían.

La hermana socialista se fue a casa, después de ser vista hasta agotarse y recibir cien mil cumplidos. Subió muchas fotos a Internet, con famosos y pequeños famosos que habían ido a la sede a celebrar la primera victoria de un alcalde árabe en Pueblo Blanco y el primer teniente de alcalde negro.

La hermana mayor del joven gran socialista quería que la vieras, que la volvieras a ver, que la admirases, que la hicieras sentir especial. La feminista estaba probándose ropa de moda frente al espejo de su habitación. Diseños a la moda, con eslóganes a la moda, para seducir su mente, su cuerpo, su boca y su cartera. Para adularla a ella y a ellas, para comprarlos a ellos y la sociedad. Ella seguía desfilando delante del espejo, probándose ropas gestos, probando discursos frente a terceros. Ella, especial, como el resto, como todas, se decía para ella misma, tal como el resto y todos se lo decían. Contaban todas esas palabras y alabanzas, las recordaba, las proyectaba, las escuchaba desde su mente y las mentes y las bocas del resto y de todas y de todos.

Contaba los zapatos, los miraba y los volvía a contar, el número de ellos y el número de billetes que le habían costado. Marcas diversas, todas caras, todas de moda, todas con logotipos. La ropa también; las camisetas, las camisas, los jerséis, los vestidos, todos con logotipos apreciados, caros, populares, para que nadie no pudiera no verlos. Ella, nadan-

do en un mar de aburrimiento y sentimientos, se complacía en ese naufragio emocional. Esperando una nueva compra, una nueva novedad, para mostrar al resto, para acallar sus niveles de necesidad de adquirir nueva dopamina. Compraba, los devolvía, y dejaba de discutir por unas horas, de pelearse. La vida común, de muchas, de la mayoría, pero ella se sentía diferente y única, como todas, así se lo habían enseñado, los padres, la sociedad, las marcas. Siempre especial y siempre necesitando algo nuevo y caro para ser especial, más especial, única.

Ahora miraba una pantalla, llena de ídolos y marcas, un desfile constante, de nombres, gestos y aprecio. La hacían sentirse especial e inferior a la vez. Todo falso y artificial, como ella, sus amigas y la sociedad. Lo consumía por hábito y afición, no podía escapar ni nadie tampoco, todo el día, en todos los lugares, lo mismo. Los mismos ídolos, las mismas marcas, los mismos eventos y palabras. Ella se agarraba a ellos, queriendo ser parte de ellos, destacar entre ellos, con un flotador si hiciera falta, pero tenía que estar en ese mar, aunque se ahogara. Era una vida especial así, en un mar colosal, lleno de sorpresas en el fondo, nuevas aventuras e islas.

Ella era la jefa de una empresa de moda, ascendida por cuotas y porque había que poner a una persona como ella allí, por los tiempos y las circunstancias. Venía del mundo de la mercadotecnia, y había sido la jefa de ese departamento antes de ser puesta como la jefa de la empresa de cosméticos. Un negro y una mora eran sus segundos en la dirección, de una empresa fundada por varones blancos, entregados a las modas y el dinero.

Todo eso se disolvería como maquillaje, por muy brillante y a la moda que fuera, ella, sus empresas y sus empleados, y todo lo que hiciera y pusieran en letras e imágenes en anuncios, sus empresas y discursos. Otro anuncio más. Producto

de un tiempo y una circunstancia, mucho ruido para generar mucha atención y muchas promesas y fantasías para vender aún más.

Otros seres con carencias y problemas, desesperados, deseos de ponerse un nuevo maquillaje y palabras para discursos en la boca, acudían a ella y a sus productos. Para elevarse a sí mismo, en sus mentiras, y a ella.

Todos nadaban en ese mar de falsedad, lo necesitaban, era su medio de vida y para sobrevivir. Por lo que estarían delante y detrás de ella, a los laterales, por debajo y por encima. Todos se necesitaban, para mantener ese medio vivo. Para mantener el mundo vivo.

Qué importa el nombre, si es otro producto más. Por muy alto que se grite, todos caerán igual de bajo, hasta siempre.

Entró a la casa otra feminista y ambas hablaron de su pasado y sus amores, todos ellos concertados con delincuentes por vicio amor o por dinero por estabilidad y ascenso. Habían ofrecido y vendido su cuerpo y alma a delincuentes o al dinero. La empoderada CEO había vendido su cuerpo online, en fotos, videos y videollamadas, desnuda hasta el alma, como decía en sus presentaciones que le gustaba hacer, en sus anuncios y empresas. Ella era como sus anuncios, discursos y palabras. En sus productos y empresa vendía la autosuperación, el empoderamiento y la autenticidad. Tenía que convertir sus empresas en una religión para vender, mezclada con socialismo para ascender en el statu quo.

Ya no era joven, había perdido sus superpoderes con la juventud. Se agarraba a cualquier cosa u hombre como agarrándose a las últimas brisas de juventud. Ahora, con cierto poder de mando, quería recuperar, mediante la substitución de la juventud por el poder, su dignidad y superpoderes. Como una abuela o madre de una familia sin padre. Lo ab-

sorbía, el poder, le daba juventud. Sangre que devorar. Un plan, movimiento.

Delante de las cámaras, la periodista de la familia roja estaba celebrando la victoria del alcalde árabe rojo y defendiendo al presidente rojo de sus múltiples escándalos de corrupción, de todo tipo. Gritaba, chillaba y volvía a gritar y chillar. Estaba allí por gritar y chillar más que la media. El programa era socialista, compuesto de seres rojos y alguno de centro o de *derechas*, como para tener entretenido el debate y el programa; como para tener una oposición a la altura del espectáculo. Todos eran amigos, falsos amigos, aunque los rojos los odiasen y quisieran destruirlos. Los de centro y de *derechas* querían ser amigos de todos menos de los de *derechas*. Les iba la supervivencia y el sueldo en ello, prosperar, agradar, estar.

El novio de la periodista era el presentador del programa, que tenía cincuenta y cinco años. Ella tenía veinticinco muy bien aprovechados. Detrás y debajo de varios o muchos hombres, empleadores. Dando promesas de amor a otros empleadores, y a hombres que pudieran colocarla alto, mientras estaba con el presentador. Él la defendía de los ataques que sufría como si ella estuviera enamorada de él y la relación fuera para siempre y de toda la vida.

La periodista dijo que era bueno que los niños experimentaran sexualmente, y que se les dieran clases sexuales desde pronto, cuanto antes mejor, desde los pocos años.

Los rojos de la mesa—tertulianos y políticos—dijeron que así tenía que ser.

Después celebraron la legalización y entrega de la nacionalidad a medio millón de ilegales, gracias a un decreto del gobierno.

Dijeron que la gente debía tener más miedo a la extrema derecha que a los ilegales.

Todos los de la mesa dijeron lo mismo. Los del centro y la *derecha* dijeron lo mismo o no dijeron nada o no dijeron nada claro.

Dijeron que la violencia y criminalidad era menor entonces que nunca. Que los negros y los árabes sólo venían a aportar grandes cosas a la nación y Occidente, a pagar pensiones, a mantener el estado del bienestar, que sin ellos la nación no podría existir ni sostenerse económica ni socialmente.

Todos los de la mesa dijeron lo mismo. Los del centro y la *derecha entre comillas* dijeron lo mismo o no dijeron nada o no dijeron nada claro.

Había un escritor de libros de detectives y suspense, rojo, apoyado por toda la prensa cultural, roja, redundantemente rojo todo el mundo cultural. Él dijo lo previsto, por el sistema, como en una obra negra de la ficción o la realidad. Él dijo que había que luchar contra el sistema de esa manera, contra los poderosos, ser rebelde. Él sistema lo había puesto allí, dándole voz y premios y atenciones, por ser rojo y vender, por decir lo que el sistema y el mercado le aconsejaban y exigían.

Había un director de cine, rojo, como todo el mundo del cine y la cultura, que dijo que había que perseguir a los fascistas e ilegalizar a la extrema derecha.

El escritor dijo que ahora era el momento de hacerlo, antes de que crecieran y tuvieran más voz y poder.

Todos los presentes, rojos, estuvieron de acuerdo en perseguir a todo fascista, expulsarlo de todos los lugares, seña-

larlos y hacerles la vida imposible, bajo el igualitario y libertador régimen rojo.

Los del centro y la *derecha* miraron hacia otro lado, hacia la izquierda. Como para que no los vieran, señalaran.

Hablaron de que había que legalizar a más personas ilegales, traer a más legales e ilegales, familiares y familias enteras.

Conectaron en directo con la rueda de prensa del presidente del gobierno.

Ese mismo día, reunión familiar roja. La familia roja se juntaba para ver a su presidente, mientras hablaban mal u odiaban a sus conocidos no socialistas, y a los conocidos socialistas también, igual. Después de ver a la hermana en plató vieron al presidente.

El presidente del gobierno, rojo, anunció sus planes de acotar, controlar, las redes sociales. Los jóvenes y nuevos votantes no podían ni debían recibir los mensajes de odio y división, provenientes de gente de extrema derecha, provenientes del partido de extrema derecha del país, que se acercaba en intención de voto a su partido rojo.

Los jóvenes cada vez más estaban de acuerdo con ese partido de derechas, los menores de edad también, aumentando el número de futuros votantes cada semana, cada mes, de forma decidida. Ellas seguían en la izquierda, aunque había aumentado considerablemente la intención de voto entre ellas hacia ese partido de derechas. Seguían siendo notablemente inferior entre ellas y ellos. Las mujeres, de todas las edades, votaban en una proporción mucho más alta a la izquierda que los hombres blancos. Voto altamente feminizado, islamizado y africanizado.

El presidente rojo dijo que su decreto para legalizar a medio millón de ilegales traería prosperidad, riqueza, bienestar,

para el conjunto de los ciudadanos del país. Ellos pagarían pensiones, harían trabajos de todo tipo, por sueldos de cualquier tipo.

Habían venido miles de ilegales, de países negros y árabes, descontrolados, sin ser detenidos ni deportados al momento. Las autoridades gubernamentales, judiciales y policiales los dejaban entrar y vivir en el país, como si fueran legales, o nacionales, incumpliendo la ley cada día que seguían allí, como en su casa y la de nadie. Muchos entraban por mar, en embarcaciones primitivas, y no eran interceptadas tales barcos invasores e ilegales, ni hundidos; se los recogía, se les daban mantas, aguas y cobijo, hoteles y pensiones hasta que quisieran ellos y el gobierno rojo. La oposición, del extremo centro, estaba de acuerdo, no queriendo que se dejaran de acoger a todos y a ninguno de ellos.

Muchos entraban con antecedentes penales, otros los registraban aquí, y todos caminaban por igual por las calles, tras los jueces y policías darles permiso y libertad. Eran unos privilegiados, unos consentidos, una raza mimada. Eran hijos del globalismo. Hijos de todos y de nadie, de países de todos y de nadie.

No se les podía molestar ni acusar, ni a ellos ni a las autoridades, de sus actos, crímenes, delitos, suciedad, malestar. El presidente rojo anunció días atrás la nueva ley que sancionaría gravemente a quienes se opusieran a ellos, sus actos e ideas. Penas con dinero, antecedentes y cárcel para todos aquellos que señalaran sus actos, crímenes, delitos, suciedad y malestar. La casta de los ilegales era sagrada, tanto como un rojo, un miembro de la casta roja. Los benefactores mundiales, protectores universales de la democracia, no lo permitirían, acallarían y perseguirían a quien fuera necesario, por medios de comunicación, grupos de rojos y oscuros y con la ley.

El presidente anunció que estaba estudiando ilegalizar al partido de la extrema derecha. Por el bien de todos y del progreso. No podía hacerlo por ley. Lo anunciaba igual.

El presidente rojo tenía múltiples casos de corrupción en su partido y en su familia, de múltiples asuntos y múltiples delitos. El ministro del Fomento y Transportes estaba en prisión, condenado por múltiples delitos. El secretario de organización de su partido, por lo mismo, en asuntos de corrupción liderados con el ministro de Fomento y Transporte.

Todos los que habían señalado previamente las corrupciones de ellos y su partido habían sido acusados de fascistas, de difusores de la desinformación, propagadores de mentiras y odio.

El hermano del presidente rojo había sido condenado judicialmente por prevaricación, tráfico de influencias y malversación. La mujer del presidente estaba imputada por delito de tráfico de influencias, corrupción privada, apropiación indebida, intrusismo profesional y malversación.

El presidente rojo había sido acusado de amañar las elecciones a presidente del partido y del gobierno. Había más que evidencias de ellos. No causaba gran conmoción social. Los medios no le daban gran importancia, o no lo tomaban en serio.

El presidente volvió a anunciar quería traer a más inmigrantes, legales e ilegales, de cualquier lugar. Legalizar a los que ya estuvieran aquí, o darles nacionalidad. La mayoría de ellos le habían votado a él y lo volverían a votar. Los barrios y lugares con mayor número de inmigrantes lo votaban a él al noventa y noventa y cinco por ciento. Que sin ellos el país no funcionaba, eran necesarios, vitales.

Otro árabe que se creía especial, se lo había dicho su fe, su cultura, sus ídolos, y se lo habían dichos los rojos y globalistas al llegar aquí. Ahora robaba varios días a la semana, orinaba en la calle, a veces defecaba donde le apetecía. Se reía de los nativos y del país, odiando a Occidente públicamente siempre que podía, entre los suyos y los blancos. Se veía especial al contemplar, hablar y actuar con otros como ellos. Cada vez más, numerosos como sus delitos.

Un día golpeó en la cara a un nativo y después le dio una paliza. Un juez, una juez, lo dejó en libertad. Era el juez de la familia roja.

Otro día golpeó a otro nativo hasta dejarlo vegetativo. Una juez, otra juez, lo dejó en libertad.

Otro día violó a una adolescente. Y otra juez lo dejó en libertad.

Otro día le dieron permiso de residencia. Siempre le daban vivienda, pública o las ONGs. Siempre había quien le lavara la ropa y los calzoncillos, las heces, la sangre y sus desgracias.

Ahora estaba siendo investigado por la desaparición del adolescente. La policía y la juez de la familia roja estaban en ello. Era el principal sospechoso.

El gran joven socialista dijo, a sus hermanas y amigos, que escribiría un ensayo, inspirado en aquel caso y aquel árabe, sobre las víctimas del capitalismo, el nacionalismo, el hombre blanco, Occidente, el racismo.

Su hermana a la moda, inspirada en aquel caso y su hermano, dijo, a su hermano y hermanas, que haría campañas para no generalizar, para dar una buena imagen. Quería más negros y árabes en sus anuncios y como representantes de su marca. Consideraba que tenía pocos entonces. Muchos era lo mínimo.

El negro asesino del profesor de universidad había sido la imagen de marca de su empresa un año atrás, apareciendo en anuncio y actos promocionales. No siempre sólo, sino con más negros y negras, moros, moras y blancas. Le gustaba poner a un negro y un moro con una chica blanca en los anuncios, como amigo o amantes, novios o con hijos. Los ponían en anuncios para hombres blancos y en anuncios para mujeres blancas. Confesó que sentía un placer íntimo en ello. Era la sociedad que deseaba y la iba trayendo, desde el futuro, al presente. Se rio tanto como sus hermanas. El hermano más o menos hizo lo mismo, empezando con una mueca, después riéndose como ellas.

Ella dijo que esa fórmula era excelente y fundamental para terminar con el hombre blanco, debilitarlo, hasta ponerlo a su lado para lograr tal operación.

Las hermanas y el hermano estuvieron de acuerdo y no escatimarían en energía ni planes para ello, dijeron uno por uno, como si de una promesa y un pacto secreto e íntimo se tratase.

La hermana periodista guardaría silencio con respecto a los crímenes, y a otras cosas. El silencio sería la mejor forma de no darles promoción. A los fascistas. Y más entonces, con el recién elegido alcalde, árabe por primera vez, y con un caso así, molestando la victoria electoral, y los primeros días de mandato. Podría haber enfado popular, actos que no les convenían, dijo ella. La investigación era bueno, para todos, darla por concluida. Para que los inocentes no pagaran por un caso más.

El resto de hermanos estuvieron de acuerdo con ella.

“El silencio es muchas veces la mejor forma de combatir la desinformación”, dijo la hermana periodista. “La frase no es mía, es de mis jefes.”

“Por eso eres la primera, la mejor, hermana”, dijo la hermana empresarial.

“No es fácil hacer las cosas bien, así de bien”, dijo la hermana juez. “Dímelo a mí.”

“¡Cuántas cosas tengo que aprender de vosotras...!, hermanas”, dijo el hermano. “Todo cosas buenas...”

4

La periodista roja, su hermano rojo y la otra hermana empresarial o de marketing estuvieron haciendo campañas contra el racismo, el nacionalismo, el fascismo y demás como réplica y desinformación al asesinato de mi tío a manos de un negro. La opinión pública estuvo pendiente de ese debate, y no se habló más de mi tío. Muchos periodistas, gente de la cultura y de la universidad, famosos y demás estuvieron echando tierra y usando palas, por placer, convicción y por dinero, según el caso, una de esas, do o las tres. Eran buenos enterrando cosas, tanto como matando, públicamente, hasta que les dejaran más.

El negro había sido adoptado por una familia rica, compuesta por un socialista y una conservadora religiosa, cuando aquel tenía pocos años. No había nacido aquí, pero lo habían criado aquí, por decir algo. El resultado no era bueno. La crianza había sido inútil. Lo habían puesto a estudiar en las escuelas más caras, a pasear por el barrio caro donde vivía, a darle muchos juguetes y libros desde la infancia, pero de nada sirvió. De nada servía, nunca.

Estuvo metido en problemas desde la infancia, en la adolescencia, entre peleas y visitas a los calabozos, tráfico de drogas, manifestaciones, unirse a rojos en manifestaciones violentas. Era amigo del rojo ese universitario que tiene hermanas rojas. Tuvieron relaciones amorosas en el pasado, y con profesores de la universidad ambos también. Agredió a un anciano a las puertas de la universidad porque no le gustó algo que le había dicho.

En la infancia ya tuvo las primeras agresiones en su haber. En la adolescencia no se contuvo y escalaron. En la universidad pasó a formar parte de agrupaciones de rojos, dejando las pandillas delincuenciales de la adolescencia a un lado. Tuvo una novia blanca a la que dejó embarazada y a la que golpeó, hasta provocarle un aborto. La novia blanca no lo denunció, era una abortista roja y se volvía loca por los negros y los moros. Lo perdonó y siguieron siendo más o menos, a su manera, amigos, conocidos.

Más tarde, recientemente, ella denunció a un compañero de clase y a un profesor. ¿Falsamente? No hay duda, viniendo de ella, poco que creer y a considerar. La universidad, compañeros y rojos y no tan rojos castigaron sin piedad y rápidamente al alumno y al profesor. Fuera de la universidad, y perseguidos civilmente de por vida. Manchado su historial judicial de por vida también. Todo eso por un ser tan insignificante, y una zorra. Todo eso causado por algo tan pequeño.

Sus padres le decían que era especial, al negro, cuando estaba colérico, violento, deprimido, ansioso, con ganas de hacerles cosas malas a ellos y al resto. Los padres ocultaban esa bomba, no dando información al resto. Al final, como era predecible, hubo sangre. Nadie se extrañó demasiado. No era blanco.

Los padres dijeron que no sé explicaban qué había sucedido. Por qué lo había hecho. Que él tenía, en el fondo, debía

ser tan en el fondo que se había perdido, más fondo que un pozo, un corazón, un gran corazón.

Había indicadores obvios de lo que iba a pasar. La *patente de negro* le había dejado hacer lo que quería. Hasta el homicidio. Cuando un blanco decía eso e informaba de lo que estaba sucediendo realmente y lo que iba a suceder se le acusaba de todo, con todo tipo de penas.

El día anterior al asesinato, si yo o alguien, hubiera dicho que lo podría pasar con aquel negro, nos hubieran llegado mil acusaciones y penas. De los mismos que hoy, tras el asesinato, aun lo protegían. Excepto parte de la sociedad, que hoy lo condenaba, pero ayer nos hubiera condenado a nosotros.

La hermana jueza lo había dejado en libertad, después de varias citas con él. La hermana del marketing lo había puesto en varias campañas de sus productos como imagen.

Si alguien leyese, en la prensa, sobre este caso, pensaría que era un inocente y la verdadera víctima.

Recuerdos del país blanco me venían, para traer algo claro y limpio a mi mente, al caminar por mi nación, brutalizada. Había ido allí de vacaciones antes de la muerte de mi tío. Fueron interrumpidas por tal final.

Allí no se veían negros y blancas cogidos de la mano, o blancos y moras cogidos del cuello. Ni en carteles ni en películas ni arte, era cosa fuera incluso de la ciencia ficción y la fantasía, algo fuera de la realidad y la ficción, sólo para los subterráneos de la mente y del hacer. En mi nación varias, bastante, muchas después, blancas habían empezado a odiar al hombre blanco para pronto terminar amando al hombre negro, y para poco después terminar pidiendo matar al hombre blanco y que el negro tuviera todos los privilegios de un conquistador, con ella al lado, consciente e inconscientemente, estableciéndose como la cónyuge de la nueva raza y

pueblo dominante. Algo en sus mentes había aleteando, como un cuervo, esos pensamientos y movimientos, inconscientes y conscientes, en parte sin saberlo, en parte sabiéndolo perfectamente.

Ellas, *las mejores, las todo bondad y necesidad de ser protegidas*, estaban por encima de la nación, por supuesto, de la cultura, secular, milenaria. Dos, tres milenios de occidente no eran nada al lado de una de ella, de tu vecina, de la chillona de turno, con micrófono o puesto para chillar más alto. Ellas eran como los bebés, peor, porque los hombres consideraban a esos bebés como reinas y reyes a la vez. El hombre occidental, el hombre blanco, dominado por las mujeres blancas, para que no presentaran batalla al hombre negro, ni antes ni después ni durante la conquista. Al hombre moro tampoco, o menos. El caballo de Troya en forma de Helena, por decir algo, como las veían ellos, los hombres blancos. Para los negros y moros no eran más que madera, un caballo, para asaltar las fronteras y la cultura y lo que hiciera falta.

Era divertido y repugnante, pero tremendamente perjudicial la tontería femenina y moderna: ver a los blancos adorar a tales hembras y ponerlas como jueces y diosas, mientras los negros y los moros las trataban como madera y caballos, ganado de madera y para el acceso. Pero ellas seguían adorando a los negros y moros y odiando y queriendo matar a los blancos. Combinación perfecta para el asalto milenario a la frontera, asalto social y cultural, por la gracia de las hembras nativas y las bestias extranjeras, siendo para los nativos blancos, ellas diosas y juezas, y para los negros, ellas, bestias para el acceso carnal y cultural. Pasadizos para el placer y la estancia, para tumbar una cultura, milenios, a base de asaltos a los elementos más débiles y corruptos de la sociedad. Los miembros débiles eran su principal blanco, tal como un ladrón y criminal ataca a lo más débil y más protegido, un an-

ciano, un niño; los moros y negros tenían sus caballos de Troya, Helenas para los nativos blancos. Los salvajes no tenían límites, y los nativos tampoco. Tal para cual; culpables por igual.

Ellas votaban, y los invasores votaban y votarían gracias a ellas. Algunos no querían ver el caballo por muy grande que fuera, ni la madera y el acero. Allí estaban, entre perfumes, quejas y chillidos, narcotizados, sometidos, defendiendo a los caballos.

Muchas de esas Helenas para los psicóticos modernos y contemporáneos de aquel entonces andaban buscando salvajes como los cazadores animales. Ya los blancos con aspecto y maneras de delincuente, incluso criminal, ya no le encendían sus perdidos cerebros y el sistema nervioso, no ponían en marcha sus brazos y piernas, y agitaban como un tamtam sus corazones. Ya no; ahora querían lo auténtico, lo originalmente primitivo, lo proveniente de las junglas y las ciudades hechas jungla. Los ecos del progreso blanco la aburrían y ofendían al mismo tiempo. Estaba demasiado cómodas, aburridas, el hombre blanco era como un sofá, un sofá muy mullido. La había entronizado, de la noche a la mañana, como por brujería, por encantos de palabra, de la sociedad y las brujas. Ahora muchas de ellas, ya no se conformaban con odiar al hombre blanco y querer exterminarlo de su nación, ni con adorar a los negros como dioses griegos o africanos, ahora necesitaban juntar sus cuerpos con los negros, por unas noches o por una vida. Tenerlos con ellas, de por vida, en sus camas, casas, calles, parlamentos, empresas, votaciones. Muchas de ellas iban a clubes o a bares para allí entregar su cuerpo y la nación a los negros y los moros. Otras iban a ONGs, a cursos, a dar asistencia primaria, con la intención de recibir semen oscuro por unos días o para una vida. Lo que había empezado como un juego de odiar al hombre blanco

había terminado así, con el negro en la cama y el parlamento. Ya no podían contenerse; ni los negros ni moros tampoco. Bueno, algunos hombres blancos, las animaban a ellos, vecinos, conocidos e incluso parejas y maridos. Muchos hombres blancos y la sociedad, padres y hermanos incluso. No había límite con los negros y moros, como tampoco con las mujeres. El fetichismo era total, para desgracia de Occidente. La sociedad había puesto a los negros, moros y las mujeres como dioses, seres perfectos, que siempre tenían la razón y los que no se les podía decir nada malo ni llevar la contraria, que ahora no tenían intención de detenerse, por encima de Occidente y su cadáver, y de los cadáveres individuales. La inversión de la razón y Occidente, gracias a quién era tan obvio como el sol y la luna en el cielo, por el día y la noche. El sol no gobernaba el día y la noche, y eso se notaba por el día y por la noche. Lo satánico y Satán saben que el ser más débil es el más fuerte a atacar, para tumbar el paraíso y lo divino.

El fetichismo cultural había echado raíces en lo sexual y matrimonial. Muchos hombres blancos animando, públicamente y en secretos, y no tan secretos cuartos, solos o con más gente, a que el semen negro entrara en los cuerpos y las vidas de las mujeres blancas, perdidas en todos los sentidos previamente. Eran seres ya irrecuperables, tras años y décadas de socialismo y odio contra el hombre blanco y Occidente; era como pedir que un yihadista amara Occidente y no quisiera destruirlo, tras toda una vida de guerra santa. La guerra santa de las mujeres era destruir al hombre blanco y a Occidente, valga la redundancia. Así se sentían realizadas, plenas, cosas de ellas, como hablaban ellas, y los hombres rojos, y no tan rojos, que les hacían caso, como si ante dios estuvieran. El hombre blanco era la piedra Rosetta y la piedra angular sobre la que se elevaban las catedrales y construcciones, edificios y textos, de Occidente.

Las mujeres blancas, consciente e inconscientemente, sabían dónde golpear, como dar una patada en los testículos, para derribar Occidente. Para lo básico eran efectivas. Y los negros y los moros lo mismo; sabían dónde golpear y con quién, al hombre blanco y con las mujeres blancas. El asalto facilitado, junto con el socialismo y los hombres rojos. El globalismo era la catapulta para entrar a destruirlo todo por tierra y cielo, a cercana y lejana distancia. Para destruir todo el mundo vale, sólo hace falta estar en el lugar y momento adecuado y de la forma adecuada. Así muchos se creen genios, profetas y constructores, gobernantes históricos.

El voto femenino había sido responsable de todo aquello; ya que el voto femenino permitió posteriormente el voto de los negros y los moros. Y había muchas mujeres, árabes y negros.

Las repugnantes empresas, con su publicidad e imagen y políticas de empresa, destrozaron mucho el inconsciente, consciente, los ojos y el día a día de los nativos y Occidente. Los políticos, los bufones charlatanes de los medios de comunicación, y así otros tantos.

Bueno, los llamados patriotas, o los llamados no socialistas, habían sido también culpables, siempre cobardes, siempre acomplejados, siempre pendientes de atacar al que no estuviera en el centro o en la considerada derecha. Allí sí que se ponían gritones y activos. Contra esos. Para ser ciudadanos ejemplarmente contemporáneos y globalistas. Para gritar claro *Eh, que yo no soy de esos, no soy como esos*. Siempre pidiendo perdón, con la excusa en la boca, y el garrote y el palo para el que estuviera más allá del centro o la considerada derecha. Con ese bloque había que convivir y supuestamente luchar. Eran lamentables, nunca respaldado a compañeros señalados por los rojos, negros y moros, siempre midiendo sus palabras y actos ante rojos, negros y moros. Como si tu-

vieran algo que ganar así. Sólo una paz momentánea, que no les dieran más golpes, que le perdonaran la vida, unos días, meses o años. Lo negros, moros y rojos no perdonan la vida nunca de un hombre blanco de derechas o de centro. Pero ellos seguían con sus fantasías y delirios de convivencia, igualdad y de que todos somos iguales, no, idénticos, al nacer, en la biología y en la vida. Era la fe de entonces, como anteriormente se creía que la Tierra era el centro del universo. Había que adorar y obedecer, por gusto o por necesidad. El ser humano, para eso se ha quedado, para eso está, nada nuevo, siempre ha sido así o parecido, así, igual.

Pronto los seres más débiles, no, ya entonces, dominaban: los más tontos, débiles mentales, como los bebés dominan a los padres, y los delincuentes a la policía, al Estado y la nación en lugares débiles y con el corazón así de diverso, de grandemente diverso. La revolución de los peores estaba en todos los lugares. Era una religión de fácil acceso, con largas promesas, para llegar con largas escaleras a inmensos cielos. Resplandecientes, llegando el resplandor hasta las chabolas y los chabolistas mentales.

A los rojos y la gente baja les gusta lo inmundo, lo criminal, lo negro. Sienten una fascinación existencial, cósmica y trascendental por ese vertedero físico y metafísico, diario y milenario. Cada cual a lo suyo, con sus tendencias. Hay aristocracia mental, y luego están los rojos y sus amigos, plebe mental.

Los rojos y las mujeres han sido los tontos útiles, por vicio y odio, de traer todo eso. Las mujeres querían tomar el mando sobre los hombres, y los rojos destruir Occidente, y ambos encontraron como enemigo al hombre blanco y como aliado el negro y al moro. Ellas pensaron que, teniendo a negros a un lado, moros al otro, y rojos debajo, podrían tumbar al hombre blanco. Lo que fuera necesario para acabar con el

hombre blanco. El hombre blanco es el enemigo de esos cuatro grupos, mujeres modernas, rojos, negros y moros. Normal que se juntaran para destruir Occidente y al hombre blanco al mismo tiempo, valga la redundancia, ya que Occidente es el hombre blanco, y el hombre blanco es Occidente. Por los siglos de los siglos.

Se entiende la pulsión y atracción de los rojos y las mujeres modernas por lo bajo, lo africano y moro, en lo cultural y civilizatorio, lo inmundo, lo grotesco, lo hediondo, inmundo, como ellos.

Teníamos a la mayoría de mujeres de Occidente queriendo matar hombres blancos, en lo civil, para cuando llegaran los negros y moros hacerlo físico, con los rojos dándoles leyes y cuerpos de seguridad y militares. El hombre blanco y el rojo habían mimado, consentido, alzado demasiado a la mujer, al mismo tiempo que al negro y al moro. Por debilidad, irracionalidad, por oídas, por un fatal y funerario eco diario, de medios, vecinos y otros trastornados hechos el hombre medio y buen ciudadano. Ahora la mujer odiaba tanto al hombre blanco como el negro y el moro odiaban al hombre blanco. Y los tres querían, como el rojo, el mismo destino para el hombre blanco, la muerte civil y la muerte física en cuanto se pudiera. Y ya se iba pudiendo.

Veías a mujeres llorar cada día, en sus cuartos inmundos o medios inmundos, a través de pantallas o de ventanas, como por la muerte del líder supremo, por las penas de los negros y moros, por venir aquí ilegales y las leyes tratarlos como reyes totales. Juezas que lloraban mientras los soltaban a la calle, tras robar, violar, matar o golpear. Exculpándolos casi, dándoles la culpa a las víctimas, al hombre blanco y Occidente. El Estado y Occidente tenían que ser más buenos y comprensivos con los negros y moros. Entraban gratis, y era normal dejarlos que mataran y robaran gratis. Las mujeres

jueces, las mujeres policía, las mujeres periodista, las mujeres directoras de algo, todas sumisas al negro y al moro, y deseando que el hombre blanco muriera, para ellas, en su fantasía, hacer su reino junto con los negros y moros, ya que ellas solas no podían lograrlo, y con los rojos más o menos, pero eran necesarios los negros y moros en el equipo brutal y tercermundista.

Ya se estaban llenando de negros y moros, después de hacerlo de mujeres, la policía, los juzgados, los parlamentos y demás. Y todo iba a peor. Así se explicaban en parte los problemas y la ruina de entonces. Allí, se creían, y sus sentimientos irracionales y castigos irracionales no tenían fin en el día a día, como en una casa matrimonial, pero en las casas de los ciudadanos. No paraban de medirse el pene con el hombre que tenían al lado y el hombre en general, y ellas lo tenían muy corto, como corto el control de sus impulsos y el control de sus ataques, y deseos, para ellas y sus salvajes, por supuesto, lo primero, diosas oprimidas, como sus buenos oprimidos salvajes.

Las mujeres modernas llorando por los negros y sus derechos y gritando contra los blancos y sus privilegios, era el espectáculo de destrucción diario por aquel entonces en todos los lugares. Con los tipos rojos haciendo de coro histérico e histriónico. El caballo de Troya dentro de Occidente, el sexo femenino atacando desde dentro, como algún tipo de venganza ancestral u odio irracional. Había que terminar con el hombre blanco, y para ellos meter hasta en la casa y Occidente a negros, moros, violadores o golpeadores de mujeres. Estaban metiendo en las calles y casas, para después en instituciones y empresas, a seres del islam y de África, que tenían por costumbre dar patadas y puñetazos a las mujeres de su casa o las que se encontraban por las vías públicas. Pero ellas estaban dispuestas a todo, hasta autolesionarse, *automatarse*;

eran, fueron y serán seres completamente irracionales. Causando daños para los hombres blancos, Occidente, la nación, el resto de mujeres y ellas mismas. Pero como eran irracionales y malvadamente modernas no lo veían. Gritaban como negro y moros. Junto con ellos, día y noche. Para que hubiera más negros, moros, crímenes, delitos y casos en las calles; más violaciones, más golpeo a mujeres, más injusticia y muerte. Llamaban a gritos a la muerte, como suicidas, irracionales, todo por no poder acallar ni controlar su irracionalidad, que derivaba en odio contra el hombre blanco y su deseo de muerte. Necesitando como aliados para ello a negros y moros. Sus salvadores, rescatadores, psicólogos, la pastilla y el puñal que necesitaban, para acabar con Occidente, con el hombre blanco y con ellas mismas. No sabían ni lo que decían ni lo que hacían. Nunca lo habían sabido. Sólo eran ellas, irracionales, mundanas, llenas de veneno contra el hombre blanco y Occidente, tanto como los moroso y africanos, y los rojos no menos. Eso, Occidente, el hombre blanco, valga la redundancia, era el demonio, para esos yihadistas de dentro, blancos pero llenos de barro, auto odiadores de su raza y cultura, dementes a tiempo completo, malvados en cada ley y promesa. Los rojos, los yihadistas rojos, valga la redundancia.

El que le señalara un defecto o error de comportamiento a una mujer, tal como a un negro o un moro, era peor que todo lo que ellos hacían. Hasta el pensamiento o la expresión de éste era peor que mil crímenes al día. La inversión femenina, roja, negra y mora. El mundo, en sentido literal, al revés, la nación entera, un infierno.

No tenían mucha oposición de verdad, y eso se había pagado, se estaba sufriendo. Como en una casa donde la mujer ha tomado el control. Después entra el negro y el moro a cualquier hora, al cerrar la puerta el hombre. Allí fácilmente

se entra a robar, engañar y destruir. Se había aceptado la lógica femenina como la lógica moderna y global y eso se pagaba desde la casa hasta el parlamento. Después vino la lógica negra a añadirse, y la sinrazón era la razón del día a día.

5

El hijo del profesor asesinado llamó a su primo, el chico de la guitarra, para que fuera a la casa familiar. Había encontrado pruebas y cosas interesantes sobre su padre y los criminales.

En un ordenador del profesor, le enseñó a su primo, había, en correos electrónicos, amenazas por parte de rojos de la universidad, los medios de comunicación y del mundo de la cultura. Varios mensajes, numerosos, frecuentes. Repasaron desde las fechas anteriores, y las posteriores iban incrementando en intensidad, el número y la agresión. Venían desde rojos del mundo de la cultura, de la universidad, vecinos, ONGs.

El hijo pudo identificar a varios de ellos, el resto los buscaron por Internet y entre sus papeles y correos anteriores. Muchos eran fáciles de encontrarlos, en las páginas webs de la universidad, revistas online, redes sociales, en antiguos correos con el profesor. Algunos eran negros y otros moros, pero mayormente eran blancos, o algo así, rojos.

“El enemigo está más cerca de lo que tú piensas siempre”, dijo el primo. “Los rojos han invadido esos lugares, en parte, por desidia y dejar hacer de los de centro y la derecha. Por

no molestar, por llevarse más o menos, que no, bien. Desde hace años que están crecidos y desatados. Por no considerarlos enemigos, en todos los sentidos.”

El hijo del profesor no dijo no. “Mi padre no decía lo contrario.”

El primo le preguntó que si la policía sabía esto y si se había llevado o revisado el ordenador o sus otros aparatos.

El hijo dijo que se habían llevado su móvil, que la familia les había dado permiso. El ordenador aún no. “Este era el segundo ordenador de mi padre.”

El primo dijo que era mejor que ni ese ni el otro ordenador se lo dieran a la policía, que ya sabían cómo era con casos así. Iban a evitar en lo posible que las pistas fueran visibles y apuntaran a las cosas más negras de la sociedad y del crimen. Porque ese era el espíritu que ya personalmente habían adoptado, por propio voluntad y conciencia, los miembros de la policía a título individual y porque desde la cúpula se les conminaba, constantemente, a ello, bajo expediente o represalias múltiples. El caso no iba a ir más allá de la superficie, ni aparecería en los medios, si la policía se hacía cargo del caso al completo y se le daban las pruebas. Insistió de nuevo el primó.

El hijo dijo que ellos eran los expertos, quienes podrían encontrar más pistas.

“Si quisieran o les dejase sí, pero no es el caso. En ambas cosas. Son expertos, en muchos casos, con un ojo con cataratas y con una mano en cabestrillo. No sabes en las manos de quién caerá el ordenador y las pruebas. Entre la policía hay miembros competentes y patriotas, pero es un azar el que te los encuentres. Y los mandos policiales... apenas quedan patriotas allí.”

El hijo no estaba por seguir las instrucciones del otro. Se agarraba a lo ya conocido.

El primo dijo que hiciera copias de todo el ordenador o que le quitase el disco duro y dijera que era un ordenador viejo, en caso de que, bajo orden judicial o por la voluntad de y su tía, el ordenador fuera dado a la policía.

Mientras el hijo reflexionaba sobre ello, y estaban ambos en silencio buscando más cosas en archivos y los ordenadores, encontraron más cosas de los rojos, los negros y los moros.

Vieron que el profesor había grabado, seguramente era él con su móvil, a un hombre con cara y aspecto de profesor de universidad sobando a un adolescente moro. Recordaron las caras e identificaron al rojo. No se veía bien en qué tipo de lugar estaban, parecía un lugar de fiestas o un sitio privado hecho para fiestas. Máscaras, disfraces, antifaces, purpurina, botellas de bebidas, copas, por las paredes, mesas y suelos.

Siguieron viendo el resto de videos que contenía la carpeta secreta, escondida dentro de varias carpetas, y había más videos de rojos sobando a negros y moros, de unos doce a unos veinte cinco años. A veces en grupos, en una misma sala, otras veces, en cuartos íntimos, uno a uno o dos con uno. Había grabaciones hechas por seguramente el profesor, otras que parecían de alguna cámara puesta allí, por un espía o por el establecimiento, y otras hechas por los propios rojos, moros y negros, en medio de la sobada homosexual. Algunos videos eran con niñas moras y negras, tanto en el grupo y la sala principal o en las privadas habitaciones. Ellas no era la primera vez que estaban en esas situaciones, parecían estar acostumbradas y no incómodas, entre el silencio y los gemidos de sus cuerpos ofrecidos en camas, mesas y sillas. Se daban dinero y sobres en algunos videos, a niños, niñas y adultos. Bebidas, drogas, besos, mientras las manos tocaban sus labios y cuerpos. Antes de tumbarse como después de tumbarse.

Tras un rato de silencio y conmoción el primo habló, por decir algo, por poner orden, sentido y clasificación al caos, sin muchas ganas ni convicción. “No es agradable de ver, para nada. Se junta todo lo malo en una escena. Todo junto y revuelto, para que la mente, los ojos y el corazón se trastorren.”

No dijo más, interrumpiendo súbitamente la lógica.

Siguieron explorando otras carpetas y correos. Entendieron que el profesor había dicho a la dirección de la universidad, roja, que dos profesores moros y uno negro que habían puesto allí a dar clases no estaban preparados para ello. El profesor había estudiado las tesis y publicaciones de esos profesores puestos a dedo por las políticas del progreso, por cuota e imagen, y halló que muchas partes eran copiadas palabra por palabra. El profesor dijo que una de las vicerrectoras de la universidad, enamorada de la moda racial, se había enamorado de uno de aquellos moros o negros; ya que escuchó y leyó en correos y a viva voz las vivas palabras de ella hacia dos de ellos, diciéndoles que eran los mejores profesores que habían tenido allí, con una sonrisa y sumisión de enamorada, total. El profesor decía que ella no podía contener la excitación y adoración, sin límites ni fronteras. Otros tantos profesores y profesoras no andaban muy lejos de aquello, sólo que de forma más subliminal algunos y de forma más sutil y sibilina otros.

El primo era el único que hablaba y parecía poder hablar. “Vamos que la universidad es circo y un carnaval, algo chabolista, al que sólo le faltaban las chabolas, porque el resto ya lo tienen, el resto de ingredientes y cosas del paisaje chabolista.”

Los rojos, con cara digna, decían, en los correos, que aquello era el progreso, el humanitarismo, la igualdad, la fraternidad, la libertad.

“Ya ves... ya ves... ya ves...”, dijo el primo.

Encontraron un video de cámara oculta del profesor, donde se veía a la vicerrectora agarrándole al profesor negro las dos manos, con las piernas temblando y levantado el rostro como monja o niña en catequesis o fan de ídolo, hacía el negro resplandeciente por sus delirios. Lo debía de ver hasta blanco de tanta luz que salía de su cara y alrededor de él.

Se veía cómo la vicerrectora empezaba a llevarlo hacía una pared, ella apoyándose con hombros contra la pared, para contarle sus cosas, de perfil, de lado, con ladeadas intenciones.

“Cuánto peor están y son más deliran y más se creen”, dijo el primo. “Ella carga ya con una edad, encima y dentro, pero se cree más que un hombre. Otra más; el tiempo no le ha hecho desistir de sus delirios y errores, la edad tampoco, eternas mentes adolescentes. No aprenden ni quieren aprender, tan sólo figurar, para así ascender perpetuamente, hacia la nada.”

“Ya sabes, cuando las dejas en esos puestos pasa eso”, dijo el hijo, sin ganas, como si fuera algo que ya supiera bien y de lo que no tuviera muchas dudas, como un comentario sobre el tiempo. “Ya sabes, cuando las dejas al mando, y más de cosas así, pasa eso”, añadió, sin necesidad de más.

No hicieron falta más palabras.

No les hizo falta mucho tiempo a los primos para ver que la vicerrectora era una anti hombres blancos de primer nivel, no lo ocultaba ni en línea ni en cualquier declaración. Esperaba más medallas y caricias negras, y otras igual de oscuras. Había ascendido, pudieron estudiar y comprender, a base de esas medallas y de susurros en la intimidad, susurros de conspiración y susurros húmedos.

El chico de la guitarra añadió otro dato. “A las mujeres les encanta ponerse medallas, más que a los niños. Entre ellas y

solas, y cuando no les caben más llegan los hombres a colgarle más cosas del cuello, cosas brillantes, fantasías de luz y metal.”

Encontraron amenazas por parte del gran joven socialista y de su hermana periodista. Amenazas de cancelación laboral y social, entre el mundo de la universidad, la cultura y la opinión pública.

Encontraron algún vídeo más de rojos, de la universidad, los medios y el mundo cultural, compartiendo instintos con moros y negros, menores y jóvenes, y con algunas menores también y alumnas dedicadas. Ellas, como sus superiores varones, no decían que no en cosas así y las cosas importantes.

6

Los profesores negros, moros y rojos de la universidad eran como el resto de negros, moros y rojos. Andaban cazando autores blancos y hombre blancos en la noche de sus vidas y de la universidad. Odiaban más lo blanco que una gran ballena blanca, y perseguían a todo lo que fuera blanco como el papel, la imprenta, la cultura, la arquitectura, todo vamos. Les encendía la mente y el cuerpo la chabola y el taparrabos, el puño en alto y las lanzas de la selva.

Uno no puede negar su naturaleza y cultura, y así estaban los rojos, buscando al padre perdido y a la cultura que nunca tuvieron. La no propia, andaban en busca del caos y la selva, creyéndose exploradores o descubridores de algo. Estaban viajando en índigo, abriendo los tres mil ojos a la selva y la barbarie.

Era casi ya imposible encontrar autores de arte o ensayo blancos y serios por las estanterías o aulas de la universidad. Era un proceso de incivilización el que se les aplicaba a los alumnos. Bueno, en la secundaria y la primera hacían lo mismo, sólo que en menores dosis, de forma más sibilina y no tan abrumante. En la universidad ya daban rienda suelta a

sus impulsos y proyectos rojos y negros. Aprenderían al salir cómo construir chabolas, usar lanzas de la selva, y las mitologías y profetas del submundo.

Y funcionaba, los tenían cazando blancos todo el día, dentro de la universidad, a las puertas, por las calles, en los trabajos, en los medios, en línea. Con la lanza, mano a mano con negros y moros, levantando armas y palabras, todo el día, todos los días. Les ofendía que no quisiéramos que nuestra nación y Occidente fueran una selva, una comuna, un submundo. A imagen de ellos, del submundo, un submundo. Por muchas máscaras y bailes que hicieran, el submundo siempre. Los infrarrojos, a partir de ellos nada había ni nada se veía.

Las páginas e ideas moras y negras, a los rojos, ya no les excitaban lo suficiente, ni para su revolución, que necesitaban palpar carne fresca para continuar con su delirio tropical, de vez en cuando, bajo las palmeras de la revolución.

Había amenazas a mi tío por querer acoger las conferencias de varios patriotas. No les gustaba que hablasen de sus obras filosóficas, literarias o del pensamiento, ni tampoco hablasen de autores así, contemporáneos o pasados. No les gustaba ni iban a permitir que a otros les gustasen, bajo amenazas diversas y múltiples, a mi tío y cualquiera que asistiera. La universidad también era suya, las clases, todo lo que ellos desearan, no había límites para los rojos, ni en su maldad ni degeneración. Se creían especiales por ser oprimidos desde la cuna o en la vida, y querían venganza sobre los que no eran como ellos ni querían serlo, ni les decían que no eran especiales ni merecían nada especial, incluso menos que nadie, y que eran menos que nadie.

Se pusieron muy agresivos, a su estilo común, cuando mi tío dijo que quería acoger la conferencia de un investigador que había estudiado y tenía más que evidencias físicas, bioló-

gicas e intelectuales acerca de los protegidos de los rojos, *las razas superiores*. De su conducta evidente, su historial, su cerebro, cosas así. Evidencias científicas y empíricas que no podían salir a la luz, eran un tabú, enorme, y muy evidente, sin necesidad de recurrir a complejos o detallados exámenes.

La universidad estaba, como los medios y las escuelas, no para buscar la verdad, ya que ni siquiera eso se pretendía, se cortaba, sino para difundir la revolución roja y negra. Todo lo que no siguiera ese camino o lo contradijera, sufría castigo social y universitario. Todo estaba lleno de rojos, en la universidad y cualquier lugar de influencia. El sistema rojo y negro necesitaba ser engrasado con casos así.

Amenazaron a mi tío de que si no cancelaba todas aquellas conferencias hablarían con la editorial que iba a publicar su próximo ensayo y con una revista donde publicaba sus cosas de universidad para que lo cancelaran de por vida. Las editoriales eran casi todas rojas, llena de libros negros hasta el aburrimiento y la moda. Había más mujeres allí que platos en una cocina. Y los resultados eran obvios, se veían desde fuera de la casa, hasta la cocina se veía bien clara. Y no sabían cocinar además, que era lo peor. Lo llevaban con orgullo, para su desgracia y la de sus parejas. Así de alimentados estaban, de mal, como con sus libros y pensamientos en las cabezas. Comían mal, lo notaban bien sus cerebros. Y lo que publicaban era más malo y con peor gusto que cualquier receta básica. Con eso un hombre no comía, no se alimentaba. Era cosa para otro tipo de mente, de diferentes proporciones. No me parecía que mal existiera, pero que fuera lo bueno, o lo considerado de nivel, era para nivel de tragicomedia. En fin, que ni sus hijos ni sus parejas comían como se debía, y eso se notaba, en todo. Así de sumisos y a cuatro patas andaban. Pobres y pena por los niños. Les iba a costar levantar cabeza. Los padres la enterraban, a la moda. Se ponían bravos contra

hombres blancos y patriotas al decírselo. Entonces se erguían. Pero poco les duraba eso. Unos minutos, regresaban a sus cuatro patas diarias. Con el puño en alto y *sí mis reinas. Os salvaremos, os protegeremos*. Pensaban ganarse el cielo ante del fin. En vida la cosa no les llegaba.

Y eso que mi tío era de escrupulosa neutralidad en la universidad y la vida, de la concordia, pero vamos, que no le sirvió, al pobre, de mucho, entre tanta bestia. Era buen hombre y que yo respetaba y admiraba. A pesar de sus cosas, quién no las tiene, yo entre los primeros. Otros también lo admiraban y respetaban y le tenían aprecio. Se lo había ganado.

Había correos de alumnos alabando sus clases, su magisterio, su defensa de la patria, del hombre blanco, ante la degeneración diversa. Él lo hacía a su manera, y no había mucho que criticarle. Cada uno lo hacía como podía y creía. En el fondo, era un buen hombre, un patriota.

Los vecinos también lamentaron su muerte y la desaparición de tal buena persona. Que era hasta medido con sus enemigos, si es que él acaso, decía no tenerlos, los tenía, y la gente decía igual.

Los enemigos siempre existen y son más numerosos que los amigos, sólo que quizá uno no es consciente de ello; lo es más tarde, cuando pasa el tiempo y pasan cosas, y no pasan otras.

Yo era más o menos joven, y tenía mucho que aprender, excepto de un rojo, y de los rojos. Bueno, había que seguir aprendiendo de sus miserias y maldades, de lo que no ser ni parecerse, de lo que evitar y enterrar. En definitiva, que tener un amigo rojo era igual de malo que tener un enemigo rojo.

Ejemplo los había allí entre nosotros, muchos.

Salí de la casa de mi tío, tras ver las muchas evidencias y delitos con mi primo.

Antes de salir, en la puerta de entrada, le dije a mi primo que los rojos del trabajo, con sus políticas rojas, me habían echado. Mujeres de por medio: mal final.

A mi primo le había pasado lo mismo recientemente, a la calle por las políticas socialistas, rosas y negras. Unos cuanto más en su empresa y en la mía.

Al parecer, la hermana de marketing esa que tenía el hermano rojo había hecho de las suyas en las empresas en la que trabajaba mi primo y en la mía. Ella, junto con otros rojos, negros y otras mujeres, habían hecho lo único que saben hacer. Dos o tres cosas más. Amenazas de por medio, victimización al mismo tiempo.

Los de derechas eran cobardes por naturaleza cuando tenían un negocio o daban la cara públicamente. Jamás juntaban su dinero y persona laboral o empresarial con consignas de derecha. No había ni una sola empresa mediana o grande que llevara los valores de derecha en sus campañas e identidad; llevaban la de los rojos, con ideas de rojos y con modelos o forma negras; para así ganar, pensaban ellos, más dinero y sonrisas mediáticas. A los de derechas les daba igual, mientras diera dinero. Después gritaban, todo el año, tras salir de sus despachos bien situados. Porque muchos de esos directivos, empresarios o gente con dinero eran de derechas o al menos no rojos, pero no cuanto tenían que decidir sobre sus empresas o personas. Después gritaban mucho, cuando ya no importaba, en la calle, entre las manifestaciones anónimas de derecha. Por estadística, al menos la mitad de los empresario y gente que tenía poder e influencia, sería de derechas, aproximadamente, el cuarenta por ciento al menos. Pero todos ellos estaban sometidos al socialismo, lo qui-

sieran o no, lo expresaran así o no. Todas las medianas y grandes empresas eran igual, vendieran zapatos o libros, perfumes o películas. El mundo de la moda y del arte eran guetos de negros, moros rojos. Dirigidos por rojos en los puestos visibles, y con negros y moros puestos allí para el baile, algunos en la foto y otros en puestos de decisión. Todo era un carnaval tercermundista, eso sí con mucho dinero y lujo detrás, todo muy bien presentado, como un mono en traje y bandeja de oro, con eslóganes y palabras pomposas alrededor, flotando entre los oídos, como brisa fresca de una mañana de fantasía que nunca llegaba, pero se esperaban, se pagaba por ella, se buscaba y promocionaba.

Todo esos hacían los de derechas en empresas con poder e influencia, cornudos y sometidos a mujeres, negros y moros, por dinero, mantener el puesto o ascender, para quedar bien. Cómplices necesarios, mientras llegaban en coches de lujo cada mañana a trabajar por ello. Para poner un mono en el anuncio y a una mujer a darle órdenes y direcciones de baile al mono y al blanco. Él era un hombre que sabía evolucionar, adaptarse... Ponerle jaulas al resto de hombres blancos. A él mismo también. Al salir de la oficina se encontraba en una jaula de hormigón, leyes y costumbres que lo convertían casi como un mono, y a los monos como reyes y señores, con las mujeres como brujas histéricas persiguiendo cualquier cosa blanca que brillara. Demasiada luz las ofendía, al reflejarse sobre lo blanco.

Veías a negros colgados de las farolas, coches y árboles cada día, tirados por el suelo o tambaleándose, sin dirección, nunca tenían ni tuvieron dirección; tan solo gritaban y agredían, agitándose como bobos y poseídos, de la mañana a la noche, desde generaciones. Ahora los habían llevado allí, en barcos fantasmas, aviones de contrabando, con rojos y mujeres dándoles entrada, comida y derechos, más—y no ya tan

solo iguales—que los blancos. Los de las grandes y medianas empresas con su circo de imagen de empresa, con esos tontos como imagen de marca, en todos los lados, era algo delirante, jamás se había visto todo aquello hasta hacia poco, no estábamos en África, pero estaban preparando la africanización, proyectándola, normalizando.

Se veía por las calles a blancas detrás de sus maridos o novios moros, atadas o con trapos árabes en la cabeza o el cuerpo. Daban entre asco y pena, las blancas. Allí las tenías atadas y adorando al mismo tiempo, a sus invasores favoritos, de cabecera. Años atrás gritando, y entonces también, porque el hombre blanco les llamara tontas, ignorantes y un peligro público. Le llamaban machista y cosas así, patriarcal, mientras llamaba a que los moros la sometieran de noche y de día a ella y al resto de ellas, con la brutal ayuda de los negros. No parecían darse cuenta de su estupidez, maldad y disociación cognitiva; allí seguían, atadas y llamando a los moros y negros a venir, a su casa, a su cuerpo, a las casas de todos y de Occidente.

Sentían más pena y amor por un negro o un moro que habían visto merodear la costa, desde hacía una hora, que a los hombres blancos que habían visto toda la vida alzar su nación. Eran así, reptilianas, de cerebro y costumbres reptilianas, sin noción del tiempo ni de sus actos, para la nación y para ellas. Ellas eran como los negros y los moros, viviendo en el presente, consumidas por sus sentimientos del presente, en oferta, con muchas ofertas y rebajas, desde todos los lugares. Les decía que consumieran e hicieran lo que quisieran, como atarse a un moro o negro, o llamarlos para que viniesen y les diesen comida y casa y anillo. Para que otras tantas siguieran la moda, sin saber muy bien por qué; ellas nunca sabían el porqué de las cosas ni por qué hacían lo que hacían. No tenían tiempo ni ganas ni la capacidad de saberlo.

Les ofendía saberlo, como todo lo del hombre blanco. Ellas andaban bailando al ritmo del tam-tam, con cuatro copas socialistas en la boca y las cuatro canciones de moda globalistas en el cuerpo; allí tiradas, viviendo, arrastrando la muerte, suya y de la nación, gritando por más negros y moros, como si de una fiesta se tratase.

Las tenían por las calles, en la policía, en las instituciones, en las empresas de libros, películas y zapatos, llamando y atendiendo a negros y moros como si les fuera la vida en ello, la existencia, la personalidad. Su vida y personalidad habían colapsado ante los negros y moros, en esa entrega místicamente brutal y salvaje, peor que con ídolos de los medios de comunicación. Era algo digno de estudio, patológico por supuesto. Jamás conocido por aquí, lo que quedaba de Occidente, ya poco, casi nada, recuerdos, colgando de aquí y allá, como hojas en otoño, por los suelos y sin su primer color.

Ellas preferían recoger del suelo los cadáveres vivientes que se acinaban en costas y centros penitenciarios y centros para inmigrantes. Su señal de virtud no conocía límites para los negros y moros, y no se conocía ni existía para los blancos. Los odiaban de forma irracional, como todo en ellas; no se podía esperar otra cosa, que lo irracional; lo racional era como buscar oro en Venus.

Allí las tenían—nunca alrededor de servidores blancos a la nación—dándoles comida, palabritas y tonterías a los negros y moros, algún abrazo, alguna insinuación, pero la pena era que no hubiera la de irse juntos al infierno, a África y Oriente Medio. Dos al precio de uno de camino al infierno, de regreso a su hogar, el de ellas y ellos. Allí ellas podrían experimentar la experiencia negra y moro al máximo, rodeadas de sus obras y costumbres, sus obras civilizatorias y culturales, sus golpes y gritos de medianoche, el estercolero callejero y

otros de sus logros y méritos. No, las muy zorras, nos los traían aquí, con los cornudos rojos gritando como zorras.

Ya muchas andaban sometidas por las calles y todos los lugares por los moros y negros. Estaba claro que con el tiempo los negros y los moros las someterían, y si no los blancos, pero fueron los negros y moros. La situación de la mujer no podía continuar así, como animal suelto, destrozando, y eran los moros y negros o los blancos la que la domesticaban y civilizaban; era cuestión de tiempo y de inercia. Pero fueron los negros y moros los que les dieron civilización, a su manera, salvaje. Ellas no se quejaban mucho. En público jamás. Eran agradecidas con los negros y moros. Sólo agradecían algo a los blancos que las animaban en todo aquello.

Los blancos llegaban tarde, como casi siempre, teniendo rojos por todos lados, y centristas fanáticos y otros miembros de derecha ahumada, era normal. Los del centro y la derecha tragaban tanto humo rojo cada día que ya no sabían ni dónde estaban ni de dónde venía el humo, tan solo daban golpes, bandazos, con el cuerpo y los brazos, golpeando a los que estaban más a su derecha, por supuesto, así eran ellos de útiles y de ciudadanos ejemplares. Toma pin en la cara y el pecho, el rojo te había dado por culo, mientras te tragabas el humo, equidistante perpetuo, ciudadano que no se iba a los extremos, el más racional entre el humo. Ahora no veía nada, negro, moros y humo. Sólo escuchaba a la mujer riéndose, mientras el negro y el moro se reían de ella. Y el negro, el moro, la mujer y el rojo le daba por culo.

Cuando se le deja a hacer las cosas serias a una mujer pasa eso, es como dejar a un niño y después gritar y quejarse. Toda esa ideología roja y femenina es obra de la feminización del socialismo primero, después de la sociedad y por último de la derecha. Por agradecer, complacer, quedar bien ante ellas y la sociedad, el hombre blanco no sabía ya qué hacer, estaba

desesperado, hasta el ano. Los negros y moros no tenían ese problema, ese defecto, esa tara. No eran tan débiles, ni ellos ni sus sociedades en ese aspecto, por allí no iban a caer. Una mujer ni un millón de ellas iban a tirar su cultura y civilización, sus naciones. Esas enfermedades eran cosas de blancos, de tontos, de seres que no sabían ya que rosas regalarse a las mujeres ni que cosas meterse en el ano y en la boca para complacerlas, y a la sociedad al mismo tiempo—como si la sociedad fuera el padre de la novia. Los juzgados, parlamentos, instituciones todas, universidades, eran un esperpento de injusticia, vulgaridad y tercermundismo. Las grandes y medianas empresas estaban igual, de mal. La hegemonía del igualitarismo era obvia, todo igual de mediocre, bajo y negro.

No verías en países de negros y moros a blancos en anuncios ni siendo imagen de marca, ni diciendo qué buenos eran los griegos y los romanos, ni a blancas en instituciones dando gritos de injusticia y lágrimas contra los nativos por acabar con ellos. Lo que se ahorra uno de ver en los países moros y negros. No sé porque ellas no se iban con su moros y negros a ese paraíso. Allí no tenían que limpiar a Occidente de su pasado noble y racional. Allí tenían todo lo negro y moro que quisieran, sin mover un dedo ni gritar. La experiencia primitiva, junto con su primitivismo rojo.

En los países negros y moros no había blancos en puestos de poder, pero en los países blancos cada vez había más. Occidente, acomplexada y cornuda, gracias a los acomplexados, cornudos y tarados de los rojos, *autoodiadores* sin fin.

Pero esas idiotas tenían que traer todo eso aquí, por mero odio a lo blanco y los hombres blancos, y por su irremediable irracionalidad universal. Eran como mujeres a los que un hombre mete en su casa, le da mansión, coche de lujo y otros tantos caprichos, y ella no está contenta, y tan sólo quiere quedarse con los bienes del marido y que él se vaya de la ca-

sa, matarlo quizá, denunciarlo por maltrato, de décadas, infinito. Mientras que con el negro y el moro se conformaban que no les pegara, o no mucho. Que no se emborrachara y drogara tanto ni hiciera crímenes ni delitos, que podían llevar una buena vida, ella bien sumisa y él no pegándole. Aquello era ya un logro, un milagro a adorar. La disociación cognitiva en ellas era un caso, secular. A veces darle un palo a un perro es mejor que darle una casa. A muchos perros, perras, es así. Lo disfruta y agradece más. Ama más, a su amo también. Lo irracional es lo racional a la hora de aplicar y hacer. Cosas irracionales se les debe de dar, como la mayoría de medianas y grandes empresas a sus clientes. Lo racional les cansa, y si logra captar su atención pronto les cansa. Necesitan lo irracional como motor de sus vidas, acciones y personalidades. No pueden escapar a ello, como el perro al hueso. Es su naturaleza, como el árbol tener raíces y copa. Hablar a las mujeres y masa de forma racional, con intenciones racionales, era como hablar en chino, y no calaba en ellos, era como una lluvia. No entraba en ellos, era como caracteres chinos para sus ojos, les parecían bonito pero para ver durante unos minutos, o tatuarse, no para entenderlos ni hacerlos suyos. Eran un *souvenir*, un recordatorio de algo exótico, transitado solo por momentos, en alguna fantasía, ficción o viaje. Ya ves, como un anuncio. Algo bonito para excitarse durante unos minutos y poner frases pomposas, para pronto olvidar, como todo.

Un mínimo, en lo personal y colectivo, mantenían las mujeres del país del que había regresado de vacaciones. Las mujeres de por allí se cuidaban de hablar mal, y al hablar en general, del hombre en público, de hombre blanco. Lo hacían con la boca al menos limpia. Lo que, tras el velo de su mente, como en sus baños, pensaran en realidad era otra cosa. Pero al menos esas apariencias, entre las múltiples que solían lle-

var, también allí, la mantenían. Como llevaban maquillaje en múltiples capas también mantenían el respeto al hombre blanco. Signo de decencia al menos, público.

Por mi nación, con fragmentos de Occidente quedando, aquí o allí, no hacían eso. La sociedad y los rojos lo habían consentido, después celebrado, y los del centro y la derecha lo habían dejado hacer, por mucho que en público y online hicieran después la tragicomedia. Peligro se habían vuelto ellas y todo lo que las rodeaba a ellas, los rojos y la sociedad.

Aquellas otras mujeres al menos sabían mantener sus ropas y la de los hombres limpia, las calles también. Las mujeres de nuestra nación traían a casa a violadores negros y moros con la misma facilidad e inconsciencia y moda con la que compraban ropa. No era diferente, y los rojos, cornudos nacionales y occidentales, pagaban, esperando, sentados y animando. Ni para la propia supervivencia valían ellas ni ellos. Eran irracionales en un sentido negativo hasta en la preservación. El positivo sería la preservación propia y nacional. Llenar de violadores, criminales y delincuentes las calles y casas era su acto de progreso y conciliación racial. No, gracias, a todos ellos. Arriba la nación y abajo todos ellos.

Mi nación era un espectáculo mezcla de tercermundismo, socialismo y enfermedad, taras varias, mezcladas con criminalidad y mal gusto. Eso había en libros, medios de comunicación, películas, internet. Salir a la calle o abrir una red social era toparse, contra la piel y los ojos, aquella realidad tercermundista y tarada, aborto cultural, feto malformado, ambulante, celebrado, habitual, como un carrusel de seres extraños a los que la masa acudía a pasar sus miserables jornadas y rodear con sus miserables ojos y vidas.

Cada pantalla y calle tenía cosas así, te despistabas un poco, decías *no* no mucho, y allí volvías a tener aquello, aborto hecho realidad, feto malformado ambulante.

Las mujeres del país al que había ido recientemente de vacaciones habían sido educadas y civilizadas, al menos en lo básico la mayoría que vi, y eso empezaba con el hombre, tal como Eva salió de la costilla de Adán y éste de la voluntad de Dios. En mi país estar educada era gritar en manifestaciones y delante de una pantalla. El indigenismo era la norma entre mujeres y hombres, allí sí que por igual. No querían que el hombre blanco las educara, y las consecuencias eran tan claras como negras. Reinaba el indigenismo, la naturaleza y la pacha-mama o como se diga, eran suficiente. Sus brujas interpretarían el resto. La aversión al hombre blanco como pilar de las obras diarias y universales había salido caro, para ellas también. Un ciego o inválido sigue siéndolo por mucho que no quiera ver o quiera andar solo. Generaba un espectáculo de obra de terror y ciencia ficción. Indigenismo contemporáneo, muy moderno.

Cada sociedad pone unos libros en un pedestal, o en la plaza, y otros los arroja al fuego. Así cada sociedad decide qué es lo bueno, y lo mejor, para el mundo, el arte y la cultura. Aquí lo proletario y lo antioccidental era lo primero, vamos, como donde lo socialista y popular se hace ley y uso y norma.

Los rojos siempre están celosos de quemar libros, de poner sus amigos rojos en la plaza y la cátedra, para allí difundir sus obras y evangelios del demonio, satánicos pero en versión vulgar. Ni la clase ni la gracia de Satán tienen, son mera chusma, seres violentos y enfermos, basura del infierno que merodea en la Tierra, en la vida, en el mundo.

Un ejército de ellos siempre está colocado, en posición, en medios de comunicación y múltiples lugares, empresas, lo que tú quieras y sea necesario. Por la causa roja, por el bienestar humano y de los oprimidos, los rojos y los negros.

Y quien dice quemar libros, dice quemar cualquier cosa. Personas, después de perseguirlas. Por la calle o donde sea, desando sacar el puño o el puñal. Es necesario hacer análisis cerebrales de los rojos. Hay partes de su cerebro que no funcionan bien. Solo se necesita la confirmación médico-científica. ¿Cuántas partes son?, es la única duda. Pocas no, eso seguro.

El socialismo es como una droga, y es la peor droga creada por el ser humano en Occidente. Exportada a gran escala, como las peores drogas; asumida a gran escala también, como una droga perfecta.

Los seres más débiles siempre caen en las drogas y el socialismo.

El mito del Edén y su caída nos recuerda que la mujer siempre termina por destruir lo que el hombre y Dios más aman, y lo que Dios le dio al hombre. Cuando la mujer queda libre, aburrida por el hombre consentirla mucho, dejarla vagar, sin rumbo, con su rumbo, irracional, termina llegando al Demonio. Siempre, como una piedra en una rampa o pendiente, por mucho que serpenteante sea el camino. Es naturaleza y las leyes de la Historia y del conocimiento humano, y las leyes de Dios. Los antiguos sabios griegos, romanos y hebreos ya conocían más cosas que el mero proletario y número moderno y contemporáneo.

Dios vio que Adán estaba demasiado contento en el primer y supuestamente final y eterno paraíso, en el Edén, y, en lugar de darle un niño, le dio a Eva. El principio de la Caída. Adán cayó en éxtasis al contemplar el cuerpo de Eva andar por primera vez, y quizá, probablemente, el resto de días y noches, no tantas, las primeras fundamentalmente.

Lo que vino después, para ambos, tras comer del fruto del demonio, fue el tedio entre ellos, las disputas, y la tragico-media humana y habitual.

Dios se enteró, culpable tanto Eva como Adán, por tratarla como un igual, por pensar que trataba con un igual, y ambos cayeron por igual, y con la caída de ellos, la del resto, la de nosotros.

Mil años después los Adanes siguen igual. Y no hay Cristo que los corrija. No hay palabra ni sacrificio que pueda detener eso, ni detenerlos a ellos, ni salvarlos ni resucitarlos. Allí siguen, clavándose clavos, arrastrándose cruces, clamando al cielo y al padre, a los pies de la ellas, o golpeados con látigos por las mismas, diciéndoles que sigan. Queriéndolas salvar, morir por ellas, entregarse a ellas en cualquier madero, seguir en la procesión final.

El demonio sabe usar a la mujer, la costilla débil y segunda, para lograr la caída colectiva, de la humanidad, con el hombre cooperando con el demonio, sin él saberlo, ella sí. De manzanas y árboles no sabe, pero de demonios y caídas demasiado. Y los árboles siguen siendo los mismos árboles que el primer día, y las manzanas, y los demonios, y los hombres y las mujeres.

El demonio sabe usar a los seres débiles para sus causas, para ascender, volver al cielo, al paraíso.

¿Cuántas vidas buenas y fuertes caen al pozo arrastradas por los numerosos débiles y sus cubos, poleas y cuerdas?

7

El hijo del profesor decidió entregar a la policía el ordenador, sin hacer copia. Eso le dijo a su primo cuando le volvió a preguntar por el caso. La policía había venido para llevarse el ordenador y el hijo se lo dio, sin hacer copias de correos ni videos. Dijo que tenía que confiar en ellos, en quién si no, y en la justicia, a la que temía, en caso de poseer copias de aquel material delictivo y de investigación. Dijo que ellos eran los expertos y que eran los garantes del estado de derecho.

Después de decir eso, ese mismo día, llamó a la puerta de la casa familiar un vecino. Se presentó ante el chico de la guitarra, al hijo ya lo conocía, y le había dicho en el funeral que contara con él para lo que quisiera en caso de hacer falta.

El hombre le dijo al chico de la guitarra que una banda de moros y negros, siete, habían violado y matado a su hija de diez años. Algunos eran ilegales y otros legales.

Era lo mismo, eso, dijo el chico de la guitarra.

Él dijo que sí, también.

Le preguntó por el caso al hijo, y éste le dijo que hacía unas horas la policía se había llevado el ordenador y más co-

sas de la oficina de su padre. Él no sabía exactamente el qué, pero eran muchas, dentro de muchas bolsas.

El hombre se acercó al hijo, como si lo estuviera escuchando al policía o los vecinos. "No os fieis de ellos, de la policía. No, en casos así, no. No os fieis. De las instituciones. Tienen sus intereses. Sobrevivir."

Al ver la cara de terror y sorpresa del hijo, el hombre siguió acercándose y hablando. "A nosotros nos trataron mal. Nos acallaron. A mí, a nuestra familia. Y a las familias de las otras niñas. Que no teníamos que andar hablando por allí. Quejándonos con los vecinos y la prensa. Vamos, que nos terminaron por amenazar, con denuncias. No querían que la gente se enterase ni se hiciese justicia. Mi mujer dijo, en los medios y en Internet, que a su hija la habían violado y matado unos negros y árabes por haberlos dejado entrar aquí. Y porque ellos eran así. Le llegaron denuncias de asociaciones y gente así, de políticos, a título personal. Una juez roja que tiene hermanos rojos estuvo metida en eso también. Y tuvimos que pagar bastante dinero, y a mi mujer la pusieron en prisión un año. Tuvo que entrar porque la condena fue de cuatro años. Era para que nos quedáramos callados y quietos, las familias. Y lo lograron. Vaya si lo lograron... Tenemos que hablar en susurros. En público también."

El hijo se quedó horrorizado, paralizado, la cara llena de sudor, con los ojos como dos canicas tiradas al suelo.

"No te fíes de la policía habiendo negros y árabes de por medio", repitió. A mi mujer vinieron a buscarla como ocho agentes. Y enfadados y bruscos. Desafiantes. Querían demostrar algo. Dar una lección. Después me enteré que el comisario era un personaje corrupto. Lo habían puesto allí los socialistas."

"Si no es el comisario sería por voluntad de los agentes", dijo el chico de la guitarra. "Muchos están para cobrar el

suelo a cualquier precio o para servir a sus ideas de progreso. Hay mucho rojo allí dentro. No hace falta decir más."

Y no se dijo más.

Pasaron días y el hijo preguntó en la comisaría por la investigación y el ordenador y los vídeos. Le dijeron que en los ordenadores no habían encontrado nada de valor para la investigación. El hijo le dijo a su primo que pensó que quizá era para mantener la investigación en secreto. Pero no, no era precisamente por eso, le dijo el hijo al primo. El hijo le dijo a su primo que pensó aquello sólo al principio.

Los primos le comentaron al vecino y víctima aquello.

Con pena, aquel dijo que lo habían vuelto a hacer, la policía, y el sistema, el Estado.

Los primos le comentaron qué había en los videos y el ordenador, sobre los correos también.

"Aquí hay algo más grande", dijo el hombre, y se quedó en silencio. "Aquí hay políticos, peces gordos, ejemplos sociales y seres influyentes. Esos videos..."

Afirmó con la cabeza el chico de la guitarra, "Esa idea no es descabellada, y la he estado yo barajando, entre tanta mala cara allí, feas, grotescas y burlescas como jókeres." Hizo una pausa, sin nadie pausarla. "¿Esos niños y adolescentes quiénes serán? No me extrañaría que fueran ilegales que traen las ONGs. ¿Y los de dieciocho hasta veinticinco también?"

Hubo una pausa. El chico de la guitarra habló. "Pronto llegarán las primeras remesas de jueces negros y moros, y de juezas moras y negras, perdonen, ustedes, mis señorías. Les darán piruetas a sus hermanos de sangre y cultura, mientras por el trasero al resto, los nativos, los blancos. Los que les hemos construido todo para que ellos pongan sus oscuros traseros allí, a dictar leyes y penas. Más de uno entrando ilegal o sus padres. Los de segunda y tercera generación son

más peligrosos y destructivos que los primeros, que lo padres. Se creen muchas cosas. No diré más.

“Jamás a los invasores se les había dado tantas facilidades, asiento y el libro de leyes al mismo tiempo. Besos y caricias al terminar también, y más besos y caricias para que se colocasen allí. El occidental ya no sabe dónde tiene ni la boca ni el trasero, por eso está besando traseros y defecando en bocas todo el día, durante años. La cosa puede oler peor aún.

“Ayer vi a un negro o moro o algo así dando lecciones sobre cómo teníamos que ser los de este país y los blancos, y la nación. ¿De dónde ha salido esta gente? Ya sé que del infierno, pero su cultura y el socialismo los han vuelto todavía peor. ¿Ha destruido tantas cabezas el socialismo y la invasión, que muchos no saben dónde tienen ya la boca ni el trasero?

“La cosa va a oler peor si esto y estos siguen así por aquí. Peores aberraciones habrá. Pocas más nos quedan por ver y experimentar. O quizá no.”

El padre miró a los primos. “Yo digo en la intimidad a todo el mundo: Evitad tenerlos cerca. Como amigos o en lugares comunes. Allí va a haber desgracias, accidentes y muertes. Son irre recuperables. No vayáis a lugares donde estén. Si queréis preservar la vida, no sufrir accidentes y desgracias evitados, y buscad su deportación. No se puede vivir con ellos.”

En el parque de al lado de la universidad una chica estaba leyendo un ensayo contra el ascenso social de la derecha y una novela utópica socialista de moda. Era una profesora de la universidad y escribía novelas socialistas.

Le dijo a su amiga por teléfono que no le gustaban los modales de los hombres, los hombres blancos en concreto, le recalco a su interlocutor, por si no hubiera quedado claro. Hablaron de manifestaciones, de conferencias con-

tra la derecha y los de derechas, de persecución a gente de derechas, de la universidad, de la cultura y de cualquier lugar.

Colgó el teléfono, creyéndose poderosa y salvadora, luchadora contra los villanos más malvados. Luchaba como una heroína fatal como el sistema rojo le decía, a los mismos villanos, con las mismas palabras que había oído desde la infancia, en todos los lugares del sistema socialista.

Aparecieron dos negros, por detrás, y sin mirar los libros, ni preguntarle por ellos o por algo, se la llevaron.

El cadáver no apareció.

Cuando hubo sospechas de la raza de los últimos hombres que la acompañaron hasta la muerte, sus compañeros de guerra la abandonaron, como otra más gozada por un seductor, con una rosa sin fin, con olor infinito, la otra mano con el puño salvador, redentor, demasiado humano. Fue el primer amor del olvido.

Un compañero negro de universidad se rio en privado, sin poder contenerse, después se tocó la entrepierna en el lavabo de la universidad.

El joven gran socialista estuvo viendo con sus amigos videos de negros y moros pegando irracionalmente a cualquier blanco, de todas las edades, y celebrándolo, entre risas y gritos de “Fascistas y racistas, con golpes así aprenderéis”. Cualquier agresión por un negro, moro o rojo, a cualquiera, la celebraban así, y no se casaban de celebrarlo y ver videos, y comentarlos, entre deseos y fantasías.

Celebraron los robos y crímenes de moros y negros, y se rieron de la desaparición del adolescente, diciendo que se lo merecía, que tenía familiares fascistas, y que él lo era casi seguro.

Celebraron la muerte del profesor universitario de literatura, entre más risas y gritos de “Fascistas, racistas, cavare-

mos vuestras tumbas. Os partiremos las piernas y las bocas como paséis por aquí.”

Siguieron viendo videos de negros, moros y rojos pegando a blancos, por cualquier motivo, como ser fascista. Estaban adictos a ello, y tenían que hacerlo en público, entre ellos solo. Les excitaba tanto como ver videos pornográficos, que veían también en conjunto, de negros con blancas, y blancos con negras, entre los videos de agresiones y muertes.

En público, el gran socialista rojo y sus amigos competían por mostrarse como el más bondadoso y tolerante, mientras que, en privado, entre ellos y en su consciencia, lo hacía por ver quién era el más malo y criminal. En la intimidad roja, las caretas se las llevaban el odio, la envidia y la maldad, se las llevaba la revolución.

Días después, en una contramanifestación antifascista y antirracista, el joven gran socialista le dio golpes en la cabeza a un señor de sesenta años, profesor de filosofía en un instituto. Lo mató. No cejaron de darle golpes él y otro rojo más. Hubo más rojos, una multitud de unos treinta, acosando, golpeando y empujando al señor, pero fue el hermano socialista el que terminó la tarea. Era el que tenía al señor más cerca, el resto no pudieron llegar a darle más golpes. Se conformaron con gritarle o darle algún golpe. Con tirarlo al suelo, para que el joven gran socialista lo matara.

El joven gran socialista fue detenido con cargos de homicidio; no voluntarios, por parte de la fiscalía, voluntarios por parte de la familia y acusaciones populares. Unos negros y moros lo ayudaron, en colaboración de otros rojos, a esconder y fugarse. Se debían favores y estaban en la misma causa. La policía detuvo a todos, pero todos salieron en libertad, excepto el gran joven socialista.

La hermana periodista culpó al fascismo de todo aquello. Que polarizaban mucho, dividían, sembraban odio, desinformaban. Su hermano tenía un corazón más grande de cien puños. Era una de las personas más nobles, buenas, justas y caritativas que había visto. Dijo todo aquello en medios de comunicación e Internet, llamando a que lo apoyaran el resto de izquierdistas y la sociedad. Llamando a hacer manifestación y homenajes a él, contra aquella injusticia a la que se le estaba sometiendo.

No faltaron rojos y otros individuos, y negros y moros, en las manifestaciones y homenajes. Políticos tampoco, como nuevo al alcalde moro.

El chico de la guitarra vio las noticias de la desaparición de la profesora de universidad y del homicidio y el arresto del joven gran socialista.

El chicho de la guitarra vio, durante unos minutos, en una pantalla, una película socialista y globalista de la época, una popular adaptación de una novela utópica. Producida por una gran empresa, en una gran empresa de contenidos multimedia emitida. La novela estaba escrita como otra cualquier, pero debido a la adaptación fílmica parecía mejor el libro, a según la opinión de los espectadores y lectores.

El chico de la guitarra contemplaba aquello sin sorpresa y con desgana. Tuvo que verlo, porque el libro y la película te la ponían delante de los ojos y los sentidos quisiera o no quisieras. Había muchos interesados en ello. Aunque era otra obra más de las de entonces, y que moriría como ellas también.

Un niño blanco nació, como un milagro en la noche. Los padres lloraban con pena y culpa en las lágrimas, los ojos, las

caras y los gestos. Después lo expresaron con la voz y las palabras.

Las enfermeras, negras y moras, miraban al niño con la misma cara que los padres. Los doctores igual, y casi todos los doctores eran negros y eran moros.

Los doctores y las enfermeras les ofrecieron, eficazmente, su aborto. Les recordaron a los padres que el aborto era, legalmente, un derecho hasta la primera semana de nacimiento. Era un derecho universal y femenino, y podían ejercerlo cuando lo necesitase cualquier ciudadano moderno, en el mundo del progreso, como ellos entonces.

Los padres, ambos, dijeron que se lo pensarían. La madre y el padre agarraron esa posibilidad como un nuevo renacimiento personal.

En otra sala la familia culpaba a la mujer por no haberse juntado con un negro o moro y después tener un hijo no blanco, aversión social para la familia y la sociedad. Lamentaron que la desgraciada madre no recibiría dinero del Estado por ser un varón blanco.

Con los negros y los moros hijos, el Estado financiaba el nacimiento y la crianza, recordó, entre lamentos, uno de los abuelos del recién nacido.

La familia era socialista, y tenían amigos moros y negros. Tendrían que llamarle Jesús al niño, dijeron a modo de burla.

Los blancos eran una minoría en Europa. Europa era territorio democrático. Los negros y moros votaban en masa. A partidos negristas y árabes, y también al partido socialista, que incluía políticas similares y negros y moros en sus equipos de gobierno. El centro y la derecha apenas existían. Había un partido de derecha considerado por muchos de extrema de derecha, patriótico y que defendía la identidad y la raza blanca y la antigua cultura europea, pero debido al escaso número de blancos, siendo la mitad de ellos socialistas

aproximadamente, lograba escasa representación parlamentaria, escaso poder político y social.

La Europa de entonces se diferenciaban por la arquitectura, las calles, el paisaje natural de África t Oriente Medio y por poco más. Los individuos, ciudadanos, cosas del día a día eran una mezcla aberrante, como una mezcla de plastilina de diferentes colores y orígenes puestas sin orden ni gusto, por un niño o un socialista. Era algo grotesco, como antinatural, antiestético, sin armonía, caos total, excepto para los locos, enfermos y criminales, que lo veían como algo normal, actual y diverso.

8

Pasaba por cines, librerías y callejones, escaparates con anuncios y promesas, y pasaba, no tocaba nada. Todo era negro y rojo, cuando no moro. Llevaba décadas sin tocar nada reciente, sólo la tecnología, el resto de productos de la cultura contemporánea ni los veía apenas, los dejaba pasar, ya los había visto demasiado, conocido demasiado. Todo eso era merienda para las almas de los negros, y los rojos, valga la redundancia. Seres arruinados al nacer y al poco de vivir, traspasados por la ruina y la muerte al desarrollar su cerebro y persona, seres que se alimentaban de todos esos desechos, producidos por seres como ellos. Allí los veías, amontonados como peces enfermos a las orillas de la nada. Allí estaban, moviendo la boca, como si quisieran tragarse la vida.

Todo el olor a fritura y freidora del arte y de la cultura era asfixiante, como todas esas obras rojas, cocinadas en el mismo aceite podrido, negro, calcinado hasta el infierno. Toda esa peste roja, cultural y humana, colándose en los objetos, en las obras, en todo. Sus repulsivas, caras, gestos, obras, imágenes, todo ese estercolero rojo, mantenido por los siglos, sin tirar a la basura para siempre, por manos occidenta-

les y serias, seguía allí, sin recoger, sin poner en bolsas, grandes, numerosas, para transportar al vertedero donde todo lo rojo debe ir.

Allí estaban todos esos fantasmas, tarados, rojos consumidos, contaminándolo todo, instituciones, universidades, empresas, calles, el pasado, y el presente y el futuro por supuesto. La mayor basura que llegó a Occidente y al mundo entero fue el socialismo. De allí toda la basura nació, como un virus al que solo algunos países en el pasado supieron frenarlo.

No toqué ni uno de sus solos productos aquel día ni el resto de los días. Es lo que recomendaba a todos, sin excepción.

Los rojos como siempre, inmundos, brutales, buscando a no rojos debajo de las piedras, para golpearlos con una piedra. Los rojos tragando, como siempre, con sus líderes chuleándolos, vestidos de ricos, con costumbres de ricos; ellos desde el hoyo aplaudiendo. Los rojos, algo inmundo, desde hace siglos, algo hipócrita y satánico, algo popular y de la gente baja. Los ricos y las élites también estaban compuestas en su mayoría por rojos, por vicio o por hacer dinero.

Allí los tenían todo el día, lavándole el culo a los negros, moros y criminales, lavándole el culo a los presidiarios, víctimas del patriarcado y Occidente. Los rojos eran *lavaculos* y violentos al poco tiempo de abrazar sus ideas, aunque muchos llevaban lavando culos negros desde la adolescencia, llenos con la misma violencia que los negros y los moros. Esperando la oportunidad para hacer de las suyas, matar y perseguir a no rojos.

Lo único que han sabido elevar los rojos a nivel cultural es lo mismo que los negros, cuando no destruir, que es su gran hacer. Adueñarse de algo y después destruirlo, o si no, destruirlo directamente. Son sus usos y costumbres, las de los rojos, las de los negros, las de los rojos y los moros.

Los blancos no rojos no teníamos nada en común con ellos, tan sólo no el deseo llegar a las manos y las balas compartíamos. Nada teníamos en común en realidad con los rojos, ni un país del pasado, el presente ni el futuro, ni Occidente ni usos ni costumbres. Éramos tan ajenos como a un africano o un moro. Con los rojos.

Solo en el trabajo o entre vino y copas algunos olvidaban que no había recuerdos comunes ni lazos de verdad, la noche y el trabajo disipan los límites y las fronteras. Fantasías de borrachos, por descuidos y supervivencia, por olvidar, por dejarse llevar, cosas irracionales, del día a día, los pequeños descuidos, olvidos y miserias diarias, mezquindades del alma contra la mente.

No nos soportábamos, desde hacía mucho tiempo. Y ellos desde hacía tiempo no dejaban de golpear la puerta de la paciencia, de acosar desde múltiples lugares. Después, con su habitual cara de idiotas y de hipócritas, se hacían los santos ofendidos, cuando no se les quería dar la mano y no tener nada con ellos, ni en común, bajo una ley o una cultura o unos usos, nada en común. Se te acusaba de múltiples cosas, la palabrería roja..., que la mitad de no rojos se creían y adoptaban, por pereza y los rojos gritar más y más fuerte que la mayoría, así se habían hecho una supuesta mayoría.

Los rojos y los negros seguían la misma dialéctica, y los mismos actos surgían muchas veces. Siempre violentos e irracionales, eso sí, pero siempre protegidos por los gobiernos, con sus tonterías y justificaciones de ser los más bajos de la sociedad. La dialéctica del criminal era la que empleaban ambos. El saqueo y el asesinato eran sus resultados, sus códigos de conducta y leyes, a título, individual y estatal. Así eran todos. A poco que se les diera libertad, leyes y voto, al crimen y al saqueo iban. Su natural tendencia. Lo llevan incrustado en la sangre y la dialéctica.

El país era un reflejo de todo aquello. Todos los ámbitos, desde libros a calles, desde películas a parlamentos, desde la vida hasta la muerte. Todo estaba igual de muerto, todo era negro y rojo. Todo estaba igual de negro y de rojo. Todo era del tamaño de los rojos y de sus oscuros amigos. Pequeño, a su imagen y semejanza. Todo pobre, ruin, enfermo, muerto, tercermundista, bestial, criminal.

Ya no sabías qué truco o interés encontrar para borrar la nada la mirada, qué piedra preciosa contemplar, examinar, tocar. Ni para engañar a la muerte durante mucho tiempo valíamos. Solo para engañarnos a nosotros mismo y al resto. Así como paseando entre la noche, buscando luces, estamos. Todo es silencio, todo es ruido. Y todo el ruido es silencio.

En cuanto te apartabas de la rutina, de un interés nuevo o antiguo, de un destello de una piedra preciosa, la noche llegaba a tus ojos, cada día, a tu alma. Ya habías pensado un y cien veces, durante mucho tiempo, durante muchos años, las mismas cosas, que antes te calmaban, te llegaban a calmar, pero ahora apenas, tan sólo por momentos. Ya sabías demasiado, y era nada. Que casi todo era nada. Cuanto más sabías y volvías a los temas del pasado, una montaña conocida se ponía delante de ti, y ya estabas a mitad de ella, o un tercio, quién sabe el lugar exacto, pero en la cima estaba la nada, la contemplación de la nada más pura, más natural, más predecible.

Ya la habías visto, pero con cada ciclo se veía más inmensa, natural, imposible de tapar durante mucho tiempo. Sólo quedaba bajar y volver a buscar un interés, una rutina, alguna piedra preciosa, algún destello, otro más, otro más de otra cosa más.

Y te creías muy explorador, y sabio...

Ya ves, por la noche los sentidos se agudizan. Los oídos ven más que los ojos, y el alma escucha más que los oídos. Todo se detiene, y se acelera en un instante. Parece que no hay horizonte para contemplar claramente lo físico, y todas las cosas forman una unidad, oscura, sin contornos claros o sin contornos, todo como si estuviera bajo tierra, en una inmensa cueva. Ni las estrellas nos sirven de consuelo, allí están colgadas, como los mitos, como los dioses, para mirar como borrachos o enfermos, como para calmar o esperar algo. Pero nada se calma con el tiempo ni nada termina por llegar de verdad. Son treguas, como cuentos que nos contamos antes de que la muerte llegue a por nosotros y las cosas, nuestras penas y alegrías, todas a llevar con ella, a la nada. Tan pesadas en vida, tan ligeras al partir, hacia la nada. Allí esas alegrías tan luchadas y esperadas se van como en un sueño. Y allí las penas tan pesadas se vuelven plumas y nosotros no nos volvemos aves, sino tierra.

Habrà que inventarse a la mañana siguiente, o buscar, un nuevo invento, destello, piedra, con el que pasar el día, y las futuras noches. Allí, en ese hormiguero humano, lleno de ruido y vacío, vanidades y enfermedades, donde todos acuden a beber como sifilíticos, paralíticos, enfermos en definitiva, adictos a cualquier cosa, a cualquier sueño. Allí todos estampados contra ese inmenso muro de las lamentaciones, con grandes sueños e imágenes grabados en piedra, con atentos rezos y lágrimas estampándose contra la piedra y perdiéndose en el aire. Miles de seres ya han estado allí, y otros tantos estarán, como un río de seres que allí llega y otro más que llega y que se va, a ningún lugar, a volver a regresar a él, el muro. Siempre grande e inmenso, en todos los lugares, como la muerte.

Y quien contempla aquel espectáculo diario y milenarío desde un punto privilegiado, sentado y bien alimentado, no

deja de pensar que no está muy lejos de encontrarse con algo así. Uno puede ver a los murciélagos dar vueltas alrededor de las farolas y las luces, como los hombres.

Tan importante, o más, es lo que no se lee como lo que se lee. Ignorar las cosas, en especial lo vulgar o de modo, lo citada por muchos y nadie de verdad, es algo tan bueno como leer lo mejor. Ignorar lo bajo, todo eso, es la felicidad, el progreso y la salud.

Por leer podemos también incluir no ver programas o videos, tendencias, cosas en general, ideas contemporáneas, muchas cosas, todas las cosas.

Decir *no* casi siempre es mejor que decir *sí*. El *sí* para a veces, para las pocas ocasiones. Decir *sí* muchas veces te vuelve tonto. Vamos de la masa, socialista. Acabas hablando el dialecto de moda, el de la masa y el socialista. Ya ves eres *otro proletario del sí*, de lo contemporáneo, de lo que está de moda, de lo que te han dicho que debes decir diciendo *sí*.

Allí los tienes a miles de ellos, con el puño alzado, amenazante, con la boca más abierta que la grande boca de un negro. Allí los tienes leyendo y viendo tonterías recomendadas, por moda, por recibir atención o dinero, por no saber decir que no. El *no* no está hecho para todos. Es demasiado reaccionario el *no*.

De la misma forma que en el diseño el espacio vacío está mal visto y poco usado, ya que el espacio negativo es un no, un decir *no*, decir *no* en general no está bien asimilado. Decir *sí* mucho y por lo general es de socialistas, de gente vulgar, valga la redundancia.

No atendía apenas a las novedades y cosas de moda, fuera cuales fueran, eran la tontería del momento y de hacía décadas, las habían instaurado y cacareado otros tontos que se lo habían escuchado predicar a otros tontos con más popularidad. Era la involución disfrazada de novedad y progreso.

Con la etiqueta de para todos, con tallas para los más obesos, para que todos pudieran comprar y encajar, tener su sitio, su camiseta y pantalón a juego y a la moda.

Los obesos suelen decir *sí* a muchas cosas. Y se creen muy felices y defensores de su dieta.

La ignorancia de lo bajo es la más alta felicidad. Los que decimos *no* a muchas cosas allí estamos. Lejos, muy lejos.

Ya ves, te ha cansado. Cansado de lo nuevo de lo viejo. Todo te aburre. Cualquier interés nuevo que te mantenía atrapado y en movimiento durante meses y años ahora te dura unos días, semanas, y como mucho algunos meses. Cada vez buscas menos, esperas menos, cada vez te defraudas menos. Mantenerse y estar tranquilo era lo mejor que se podía buscar y esperar.

La vida es un absurdo laberinto y en el centro estas tú, absurdo, como el primer día, como cualquier día. En el centro, en cualquier esquina, allí tirado ese supuesto y secreto centro está. Dando vueltas y repitiéndote que ya has llegado al centro una vez más, cada vez más absurdo.

Ánimo, supérate en el absurdo, con nuevos retos, laberintos, centros. No mires, o mira mucho, da igual. Poco importa, mantenerte ya es lo máximo a lo que el hombre puede, dando vueltas. Ánimo. Otra vuelta más es posible.

Ánimo. Buscar el centro tuyo o del mundo o de la sociedad es dar vueltas a dar muerte. Aún tienes vida por delante. Ánimo, mantente entretenido, con algún hilo. Nuevo, viejo o allí tirado. Vamos, haz tú el hilo, que tienes muchos días por delante y eres muy sagaz.

Hasta la gente más bondadosa o tranquila se cansaba, al tiempo, al poco tiempo, de estar, vivir y morir entre negros y moros. De los rojos también, sin duda. De estar entre ellos y

sus ideas. Era algo que enfermaba el cuerpo y la mente, no se sabían cual primero, y después el cuerpo y la mente colectiva. Era un hecho, palpable, indubitable, insoslayable, irremediable.

Vivir no rodeado de ellos era lo mínimo para vivir. No vivir rodeado de lo más absurdo, de cosas absurdas y llenas de muerte y miseria.

Los rojos no entienden cómo puede haber gente de derechas, ni porqué ésta crece. Green entenderlo, y lo atribuyen a circunstancias personales, falta de empleo o relatos. Es más simple de lo que aún lo presentan. Es simplemente que la gente se cansa, hasta odiarlo, aborrecerlo hondamente, totalmente, del socialismo y de los socialistas. De ellos, de sus ideas, de sus actos y tácticas. Estamos hartos de vosotros, de todos vosotros y todas vuestras ideas y acciones. No os soportamos ni todo lo que hacéis y traéis. No miréis en nosotros, y nuestras circunstancias. Miraos a vosotros, vuestras ideas y acciones. Caéis tan mal como vuestras ideas y acciones. Ni en un espejo del tamaño del sol podrías verlo. Veros a vosotros, vuestros actos e ideas. Son aborrecibles, enormemente aborrecibles, como vosotros, como los que hubo antes de vosotros, y los que llegarán.

Son narcisistas, y su socialismo es Dios, la Biblia, la perfección, el sistema de los cien años, mil años. No pueden imaginarse que su cara, tanto como su interior y su socialismo, son un pozo, feo, sin nada, grotesco, el horror mismo.

Son yihadistas, en su yihad roja. Con vocación de terrorista muchos de ellos, terroristas en potencia, listos para serlo a las puertas de la revolución y después de tirar todas las puertas.

El Estado debe controlar todas las esquinas, y hasta el pensamiento. Por el bien de todos, de la justicia social, de la humanidad, de los hombres, las mujeres, los perros y los gatos,

y demás cuentos rojos. En el fondo no son más que ladrones, y muchos de ellos criminales en potencia, bajo eslóganes e ideas rojas de justicia y hermandad e igualdad. No he visto a un criminal aún decir que es malo. Alguno quizá habrá, pero yo nunca he escuchado eso de su violenta boca. A los delincuentes y criminales les encanta hablar de la igualdad, fraternidad y justicia. Todo tipo de criminales, desde mafiosos, hasta asesinos múltiples, delincuentes habituales, líderes rojos del pasado y del presente, ciudadanos rojos del pasado y del presente...

Algunos llamaban racista al país al que había ido de vacaciones. Era más seguro y con más presente y futuro vivir en aquel *país racista* que un país progresista y diverso. Prefería la vida y la libertad a la tiranía y la muerte. Era un país seguro, limpio y ordenado, tranquilo, cosas que aburría a los diversos. Estaban desando ir allí, para importunar, destrozar y ensuciar. Llevar el caos y su caos allí. No pueden evitarlo, es su naturaleza y esencia. No pueden evitar que se exprese su naturaleza y esencia en cualquier espacio y tiempo. Da igual dónde y cuándo, en qué lugar y tiempo estén o los coloques, el resultado es el mismo.

No tenía sentido sacrificar el bienestar de los nativos para que las minorías y los rojos se sintieran bien. Eso era algo que en aquel país entendieron bien, porque nunca llegaron a aplicar nada de diversidad ni socialismo.

La gente de allí, como la de mi nación, estaba harto de los rojos, caían mal, ellos como sus actos e ideas, todo lo que ellos eran y todo lo que de ellos venía. Individual y colectivamente caían mal, eran insoportables, en todos los sentidos.

Un fascista era cualquiera que no fuera socialista. Y poco más, antes de volverse violentos, con palabras, gestos, agresiones. Y si pudieran usarían la pistola. Para acabar con cualquiera que no fuera socialista, a la vista de todos, como

ejemplo. Se conformaban con la muerte civil, profesional y similar, el acoso sistemático en grupo, hasta que le dejaran vía libre a la pared y las balas, las ejecuciones rodeadas de puños rojos al aire. Lo de fascista era cualquiera que les contradijera, poco o mucho, algo o mucho. Cualquiera no socialista podía recibir el acoso grupal rojo, para después recibir muerte civil y laboral, y si podían golpes o palizas, esperando algún día usar las pistolas revolucionarias, de justicia social. El yihadismo nativo, el socialismo. Fascismo era simplemente Occidente, lo blanco, lo racional, lo sano, y así. Lo no socialista, rojo, en definitiva. La justicia social, como el fascismo y los fascistas, eran las excusas para dar rienda suelta a su enfermedad, socialista, individual y colectiva. Para su yihad roja, entonces rojamora y negroroja. El socialismo de siempre. Tan rancio, sucio, salvaje, plebeyo y mundano como antaño.

Allí estaban, esperando la llegada del Estado total, controlándolo todo. La nación al servicio del Estado, y no al revés. Para ellos la nación era solo un nombre y un medio para el fin, el socialismo. El socialismo era su nación real. Ellos sólo sentían apego e identificación con el socialismo, los negros, los árabes, los criminales, los delincuentes, y la revolución.

Todo nacía con el socialismo, era el Dios. Y ese Dios era la nación y el Estado. Su trinidad, que era uno. Antes del socialismo todo era oscuridad. El socialismo separó la luz de la oscuridad, el amo del esclavo, y empezó el mundo. Año primero de Occidente.

Esa diabólica tontería del socialismo llevaba muchas décadas arrastrándose por Occidente, arrastrando a la gente a guerras y a la ruina de naciones, y allí seguía, viva como el primer día. No faltaban instituciones y empresas y otros actores regando ese árbol venenoso, a donde los seres bajos, ruines y plebeyos acudían a alimentarse como mendigos.

Siempre encontraban el socialismo y los socialistas la forma de vender su producto, ayudados, cómo no, por el ejercicio de la presión y la coacción, de forma totalitaria, socialista. Con sus cuentos de humillados y ofendidos, y sus acusaciones de *fascista*, tenían en sus puños a más de media sociedad. Con sus lágrimas estúpidas de justicia social engañaban a muchos, mientras en la espalda ocultaban el puño violento, en un mano, y en la otra, la hoz, recogiendo a más víctimas tras la siembra de llantos. La razón y la lógica eran opresivas e injustas. Las lágrimas y la violencia revolucionaria eran el uno más uno es tres. Era todo muy plebeyo y brutal en ellos y sus ideas. Violentaban a la razón siempre, cuando no a las personas, bajo sus lágrimas de plebeyos y de criminales, de tarados y para terroristas.

Debido a que no estábamos en un Estado socialista, aunque muchas de las leyes eran rojas, se conformaban con la coacción y la muerte civil y laboral. Las leyes e ideas ya eran en su gran mayoría socialistas, sólo quedaba que el Estado lo fuera a nivel constitucional. A nivel de hechos ya lo era. Quedaba la etapa última de la yihad roja, la revolución roja, y ya establecer el Estado socialista. Contaban con los moros y negros para ello, cada vez más numerosos, e igual de antioccidentales y antinacionales que los rojos. Una suerte de califato-Estado socialista era lo que fantaseaban. La yihad y la revolución unidas. Una forma híbrida de conquista. La brutalidad y barbarie socialista unida a la brutalidad y barbarie árabe y africana.

Prefería ser cancelado a asesinado. Prefería ser cancelado a asesinada mi nación y más patriotas. No era tiempo de esquivar balas y las hojas de acero, con suspiros en la oscuridad. La claridad como el sol era lo que más necesitábamos yo, la nación y los patriotas. La mejor defensa era un ataque blanco, contra los muchos culpables. Las medias intenciones

y palabras no te iban a llevar más a que a tu muerte, la de la nación y la del resto de patriotas.

A los rojos y sus amigos no hay que dejarles más que un huequecito, el necesario y no más, para que ventilen sus impulsos, delirios, gritos y enfermedades, tal como se permite en un manicomio y una prisión, pero no más.

Muchos pensaban que con las ideas del progreso tenían superpoderes. Así, de repente, como si fueran ungidos. No he visto a muchos superhombres en mi vida, y quizá estaba soñando. Quizá por verlos, al contemplarlos.



